

HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

IV

SUMARIO:

ENSAYOS DE ANTONIO MACHADO, JOSÉ F. MONTESINOS Y MARIA ZAMBRANO. POEMAS DE LUIS CERNUDA, EMILIO PRADOS Y ARTURO SERRANO PLAÑA. NOTAS DE ANTONIO PORRAS, J. RENAÚ, R. CHACEL, MÁXIMO J. KAHN Y T. PÉREZ RUBIO. NOCHE DE GUERRA, POR MANUEL ALTOLAGUIRRE.



Viñetas de Ramón Gaya.

Valencia, Abril, 1937.

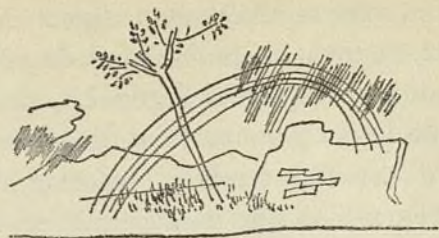
HORA
DE
ESPAÑA

Tipografía Moderna, Avellanas, 9 - Teléfono 11062 - Valencia.

ENSAYOS
POESIA
CRITICA



AL SERVICIO
DE LA CAUSA POPULAR



CARTA A DAVID VIGODSKY

LENINGRADO

Mi querido y lejano amigo:

Con algún retraso me llega su amable carta del 25 de enero, que habría contestado a vuelta de correo, si mis achaques habituales no se hubiesen complicado con una enfermedad de los ojos, que me ha impedido escribir durante varios días.

En efecto, soy *viejo y enfermo*, aunque usted por su mucha bondad no quiera creerlo: viejo, porque paso de los sesenta, que son muchos años para un español; enfermo, porque las vísceras más importantes de mi organismo se han puesto de acuerdo para no cumplir exactamente su función. Pienso, sin embargo, que hay algo en mí todavía poco solidario de mi ruina fisiológica, y que parece implicar salud y juventud de

espíritu, si no es ello también otro signo de senilidad, de regreso a la feliz creencia en la dualidad de substancias.

De todos modos, mi querido Vigodsky, me tiene usted del lado de la España joven y sana, de todo corazón al lado del pueblo, de todo corazón también enfrente de esas *fuerzas negras*—¡y tan negras!—a que usted alude en su carta.

En España lo mejor es el pueblo. Por eso la heroica y abnegada defensa de Madrid, que ha asombrado al mundo, a mí me conmueve, pero no me sorprende. Siempre ha sido lo mismo. En los trances duros, los señoritos—nuestros *barinas*—invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la compra con su sangre y la salva. En España, no hay modo de ser persona bien nacida sin amar al pueblo. La demofilia es entre nosotros un deber elementalísimo de gratitud.

He visto con profunda satisfacción la intensa corriente de simpatía hacia Rusia que ha surgido en España. Esta corriente es, acaso, más honda de lo que muchos creen. Porque ella no se explica totalmente por las circunstancias históricas en que se produce, como una coincidencia en Carlos Marx y en la experiencia comunista, que es hoy el gran hecho mundial. No. Por debajo y por encima y a través del marxismo, España ama a Rusia, se siente atraída por el alma rusa. Lo tengo dicho hace ya más de quince años, en una fiesta que celebramos en Segovia, para recaudar fondos que enviar a los niños rusos. «Rusia y España, se encontrarán un día como dos pueblos hondamente cristianos, cuando los dos sacudan el yugo de la iglesia que los separa.»

leyendo hace unos meses «El Adolescente», de Dostoïevski—vuestro gran Dostoïevski—encontré algunas páginas, en mi opinión proféticas, que me afirman en la idea

que tuve siempre del alma rusa. Un personaje de esta novela, Versilov—cito y resumo de memoria, porque mis libros se han quedado en Madrid—, dice, conversando con su hijo, que llegará un día en que los hombres vivan sin Dios. Y cuando se haya agotado esa gran fuente de energía que les prestaba calor y nutría sus almas, los hombres se sentirán solitarios y huérfanos. Pero, añade—y esto es a mi juicio lo específicamente ruso—que él no ha podido nunca imaginar a los hombres como seres ingratos y embrutecidos. Los hombres entonces se abrazarán más estrecha y amorosamente que nunca, se darán la mano con emoción insólita, comprendiendo que, en lo sucesivo, serán ya los unos para los otros. La idea y el sentimiento de la inmortalidad serán suplidos por el sentido fraterno del amor. Claramente se ve cómo Dostoïevski es un alma tan impregnada de Cristianismo, que ni en los días de mayor orfandad y más negro ateísmo que él imagina, puede concebir la ausencia del sentimiento específicamente cristiano. Y expresamente lo dice Versilov, al fin de su discurso, en estas o parecidas palabras: Entre los hombres huérfanos y solitarios, veo al Cristo tendiéndoles los brazos y gritándoles: ¿cómo habéis podido olvidarme?

Como maestra de cristianismo, el alma rusa, que ha sabido captar lo específicamente cristiano—el sentido fraterno del amor, emancipado de los vínculos de la sangre—encontrará un eco profundo en el alma española, no en la *calderoniana*, barroca y eclesiástica, sino en la *cervantina*, la de nuestro generoso hidalgo Don Quijote, que es, a mi juicio, la genuinamente popular, nada católica, en el sentido sectario de la palabra, sino humana y universalmente cristiana.

Uno de los más grandes bienes que espero del triunfo

popular es nuestro mayor acercamiento a Rusia, la mayor difusión de su lengua y de su gran literatura, poco y mal conocida aún entre nosotros y que, no obstante, ha dejado ya muy honda huella en España.

Con toda el alma agradezco a usted como español la labor de hispanista a que usted ahora se consagra. Por nuestro amigo Rafael Alberti tenía de ella la mejor noticia. Ahora me anuncia usted su traducción de «El Mágico Prodigioso», el magnífico drama de Calderón de la Barca. El teatro calderoniano es, a mi juicio, la gran catedral estilo jesuíta de nuestro barroco literario. Su traducción a la lengua rusa llenará de orgullo y satisfacción a todos los amantes de nuestra literatura.

Sobre la tragedia de Unamuno, que es tragedia de España, publiqué una nota en el primer cuaderno de la Casa de la Cultura. Se la copio, levemente retocada para subsanar una errata importante de su texto. Dice así: «A la muerte de don Miguel de Unamuno, hubiera dicho Juan de Mairena: de todos los grandes pensadores, que hicieron de la muerte tema esencial de sus meditaciones, fué Unamuno quien menos habló de resignarse a ella. Tal fué la nota *antisenequista*—original y españolísima, no obstante—de este incansable poeta de la angustia española. Porque fué Unamuno todo, menos un estoico, es decir, todo antes que un maestro de resignación a la fatalidad del morirse, le negaron muchos el don filosófico, que poseía en sumo grado. La crítica, sin embargo, debe señalar que, coincidiendo con los últimos años de Unamuno, florece en Europa toda una metafísica existencialista, profundamente humana, que tiene a Unamuno, no sólo entre sus adeptos, sino también—digámoslo sin rebozo—entre sus precursores. De ello hablaremos largamente otro día. Señalemos hoy que Una-

muerto ha muerto repentinamente, como el que muere en guerra. ¿Contra quién? Quizás contra sí mismo; acaso también, aunque muchos no lo crean, contra los hombres que han vendido a España y traicionado a su pueblo. ¿Contra el pueblo mismo? No lo he creído nunca ni lo creeré jamás.»

La muerte de García Lorca me ha entristecido mucho. Era Federico uno de los dos grandes poetas jóvenes andaluces. El otro es Rafael Alberti. Ambos, a mi juicio, se complementaban como expresión de dos aspectos de la patria andaluza: la oriental y la atlántica. Lorca, más lastrado de folklore y de campo, era genuina y esencialmente granadino. Alberti, hijo de un *finis terræ*, la planicie gaditana, donde el paisaje se borra, y se acentúa el perfil humano sobre un fondo de mar o de salinas, es un poeta más universal, pero no menos, a su manera, andaluz. Un crimen estúpido apagó para siempre la voz de Federico. Rafael visita los frentes de combate y, acompañado de su brava esposa María Teresa León, se expone a los más graves riesgos.

Releyendo, cosa rara en mí, los versos que dediqué a García Lorca, encuentro en ellos la expresión poco estéticamente elaborada de un pesar auténtico, y además, por influjo de lo subconsciente *sine qua non* de toda poesía, un sentimiento de amarga queja, que implica una acusación a Granada. Y es que Granada, pienso yo, una de las ciudades más bellas del mundo y cuna de españoles ilustres, es también—todo hay que decirlo—una de las ciudades más beocias de España, más entontecidas por su aislamiento y por la influencia de su aristocracia degradada y ociosa, de su burguesía irremediabilmente provinciana. ¿Pudo Granada defender a su poeta? Creo que sí. Fácil le hubiera sido probar a los verdugos del fascio, que

Lorca era políticamente inocuo, y que el pueblo que Federico amaba y cuyas canciones recogía no era precisamente el que canta la Internacional.

En *Madrid libertado* o en *Leningrado libre*, yo también tendría sumo placer en estrechar su mano. Por de pronto me tiene usted en Valencia (Rocafort) al lado del Gobierno cien veces legítimo de la gloriosa República española y sin otra aspiración que la de no cerrar los ojos antes de ver el triunfo definitivo de la causa popular, que es—como usted dice muy bien—la *causa común a toda la humanidad progresiva*.

En fin, querido Vigodsky, no quiero distraer más su atención. Mis afectos a su hijo, el joven bautista de sus canarios con nombres de ríos españoles. Dígale que me ha conmovido mucho su gentil homenaje a la memoria del poeta querido.

Y usted disponga de su buen amigo,

ANTONIO MACHADO.

P. D. Le envío a usted esos dibujos de mi hermano José para que vea algunos auténticos aspectos gráficos de nuestra España.



MUERTE Y VIDA

DE UNAMUNO

A José María Quiroga Pla

I

Pasará mucho tiempo antes de que las nuevas generaciones españolas puedan juzgar serenamente la obra inagotable de Miguel de Unamuno. Se hace necesario iniciar una reaproximación, pero durante muchos años el recuerdo del Unamuno que acaba de morir se interpondrá de un modo obsesionante entre las páginas por él escritas y la curiosidad de los lectores—sobre todo si éstos han conocido en persona al gran escritor. Siempre fué Unamuno más «actor» que «autor» de sus libros, dicho sea sin la menor intención irónica. Le fué deparado, para gloria suya, el raro destino de vivir dramáticamente, en medio de todos, sus pensamientos y sus sentimientos—aquellos pensamientos sentidos y sentimientos pensados de que habla cierto poema conmovedor y lamentable, uno de los peores suyos y de los más reveladores. Actor literario ha sido Unamuno hasta la muerte, trágico actor ; o, con más exactitud, puesto que no sería justa la imputación de propósitos histriónicos, trágico papel, el mejor representado en esta tragedia de España. Trágico hasta la muerte. ¡ Respeto a la muerte de Unamuno, españoles ! La muerte noble borra

todos los errores y todos los extravíos, y rara vez algún espíritu nuestro habrá guardado en la muerte con tanta circunspección el decoro que su papel le imponía.

Hasta esto, hasta que la muerte de Unamuno venga a revalorar, a convalidar, a fortalecer los más intensos y densos pasajes de su obra, responde a la «personal» condición de ésta; nunca nos la podremos imaginar abstracción hecha del actor que la representó en vida, precisamente porque la corroboró con su muerte. El dolor de sus últimos días presta un interés nuevo a muchas páginas que nos es dado descubrir ahora al releerlas; dolor de España—del que tanto se quejó Unamuno en vida—; lenta, exasperante agonía española.

Nos falta mucho de la obra de Unamuno. Lo que de él ha quedado inédito o disperso no es siempre lo peor, y no podremos juzgar razonablemente a nuestro poeta mientras no tengamos sus cartas, mientras no tengamos reunidos los millares de artículos que se engarzan, en un soliloquio perpetuo, a lo largo de esos cincuenta años de su vida de escritor, desde que, sabiéndose ensoñación de Dios, descubrió aquella maravillosa vocación ética suya: dar seriedad a la vida porque la vida es sueño. Por piedad a sí mismo, Unamuno hubiera sido incapaz de pensarse, con la brutalidad de la imagen heideggeriana, «zum Tode *geworfen*», pero en el sentimiento de ese gran horror radica lo más fino de la moral de Unamuno. En un libro ajeno encontró un día la formulación exacta de su trágico sentimiento, en aquella frase del *Obermann* de Sénancour: «L'homme est périssable; il se peut, mais périssons en résistant, et si le néant nous est réservé, faisons au moins que ça ne soit pas une justice».

Este es el principio ético de la vida difícil por atencencia estricta al buen juego. Fracasas es hacer trampa. Esta ética de la justificación por la seriedad puede resultar, si se la extrema, más virtuosista que virtuosa. El buen juego ha de acusarse por lo menos tantas veces cuantas haya que reprochar sus trampas al prójimo. En la prolongación de este principio está la buena nueva quijotesca que Unamuno predica desde 1905, desde la *Vida de D. Quijote y Sancho*, condensada en el ululante ensayo *El sepulcro de D. Quijote*, que suele antecederla. Moral de mártir, de apóstol, que muchas veces, por su fatal espectacularidad, se diría

propia de fariseos y pícaros. Sólo la muerte puede autenticarla de un modo irrefragable. Muchos han sido los momentos en que parecía inevitable perder la fe en la fe de Unamuno, por mucho que sus predicaciones nos sobrecogieran; muchas veces le hubiéramos creído más soñador de virtudes que virtuoso. Pero el destino quiso que nuestro poeta desempeñara las escenas finales de su papel en el más sórdido escenario de esta guerra pluscuamcivil en que se debate España, le ha hecho alternar con los más grotescos personajes, y nos lo ha salvado. Unamuno mismo ha referido, tomándolo del P. Rivadeneyra, cómo al arbitrio de una caballería debimos la fundación de la Compañía de Jesús. Pues algo análogo a aquella operación de la inescrutable providencia descubrimos en la salvadora agonía de Unamuno. A riesgo de perderle, el destino propicio, valiéndose de Millán Astray, nos ha devuelto a nuestro gran poeta, devolviéndole la lucidez de sus mejores días. ¡Qué sentido cobran, o recobran, los ensayos famosos *Sobre la crisis del patriotismo* leídos ahora, después de divulgado el tragicómico incidente del Paraninfo de Salamanca! ¡Y cómo se advierte el valor sentimental que para D. Miguel tuvieron siempre las palabras de Sancho de Azpeitia a D. Quijote, lema de uno de esos ensayos: «¿Yo no caballero?»! Ante el miserable farsante del Tercio, el orgulloso campesino vasco y el viejo liberal bilbaíno que siempre alentaron en Unamuno hubieron de alzarse aunque sólo fuera para sucumbir en el acto. Todo su ser moral coincidía por última vez, la definitiva, con el imperativo ético de siempre. Al recobrarle a sí mismo, Unamuno entra en la espantosa agonía que nos han descrito algunos cronistas amigos que en Salamanca le visitaron. Agonía que todos sus escritos anteriores permiten imaginar en los más mínimos detalles, en las últimas convulsiones, en las postreras angustias. Pero eludimos deliberadamente el revivirla, porque se confundiría con nuestros propios dolores.

II

La juventud española ha de volver a enfrentarse con la ingente obra de Unamuno, tan irritante y atractiva, lectura tónica en estos tiempos de guerra, lectura necesaria cuando llegue la paz. Se nos hace necesaria

la frecuentación de los libros más significativos y destacados de la segunda mitad del siglo XIX español y de los primeros años del presente, inagotables de sugerencias; han de deparar sorpresas sin número a los que, habiendo hecho profundamente la experiencia agotadora de la guerra civil, se acerquen a ellos con propósito de comprensión. Aunque, desde su salida al mundo, cuenten esos libros entre los más divulgados de nuestra literatura, ¡qué mal se les ha leído, con qué distracción, con cuánto rencor las más veces! ¡Qué mal se leyó a Galdós, a Gani-vet, a Unamuno, a Ortega, por no citar sino algunos artistas y pensadores ejemplares! ¡Cuántos dolores se hubiera ahorrado nuestra España si hubiera sido más atenta y asidua lectora, y hubiera sabido leer generosamente!

Los motivos de disensión saltarán en cada página por docenas. Pero una juventud española que se proclama revolucionaria debe tener el valor de la lectura dialéctica—que no es la lectura negativa y rencorosa—. Unamuno fué, de todos los nuestros, el escritor que más de propósito ha procurado suscitar discrepancias, y allá en los años de su juventud consiguió realmente apasionar con lo que llamaron sus paradojas y sus embolismos. En su vejez no han sido tanto las ideas cuanto la conducta lo que ha despertado pasiones encontradas. Pero no son las armas que usó Unamuno contra la ramplonería española finisecular, ni aun la manera de esgrimirlas, lo que ha de causar extrañeza en estos días nuestros. Todo este aspecto de la obra de Unamuno tiene un interés recogidamente histórico. Sus valores más duraderos están en otra parte. Toda persona, con la necesaria honestidad mental, que viva en un ambiente como el nuestro, sacudido por violentas ráfagas revolucionarias, ha de debatirse muchas veces en angustias semejantes a las que turbaron los sueños présagos de Unamuno, nacido a la vida de la conciencia entre los bombardeos de una guerra civil. La lectura de esos libros puede educarnos para dos menesteres importantísimos en nuestra vida de españoles de hoy, de españoles antagónicos de otros españoles, vivos por el anhelo de transfigurar a España; puede educarnos para la percepción del enemigo y para la comprensión de lo transrevolucionario, de lo transhistórico español, de lo que en su permanencia apoya revoluciones y cambios y los hace posibles. La historia se hace de

vidas humanas, por entre ellas discurre y en ellas desemboca. Y es la contemplación de esta vida humana en su modalidad española, y de la naturaleza que la circunda, lo que ha dado tema al inagotable diálogo sostenido por Unamuno consigo mismo, referido siempre al desbordante e irrequieto yo del autor.

Lo que al lector de literatura suele enfadar a veces cuando intenta acercarse a los libros de Unamuno no son tanto las ideas o sentimientos que puedan diferir de los que en él preexistan, cuanto ciertas apariencias propiamente históricas, resultado de ambiente y educación; modos de aparecer que, no siendo ya los nuestros, no se nos dan aún en una justa perspectiva. Y esto ocurre tanto más cuanto que el contenido de esos libros se hurta con frecuencia a los fáciles expedientes cronológicos de que suele valerse la historia de la literatura española contemporánea. El aspecto de Unamuno desorienta respecto de su edad; unas veces lo encontramos más joven, otras más viejo de lo que era. Generalmente más viejo. Su cultura literaria, el sistema de sus preferencias nos fingen a veces extrañas lejanías desde nuestro tiempo hasta su figura. La obra de Unamuno no es la de un «hombre del 98», si hombres del 98 son Azorín, Baroja o Valle-Inclán. El voluntario provincialismo de Unamuno y su inmensa lectura le acercan al siglo XIX o le separan de él. Hay páginas suyas que le hacen aparecer como un contemporáneo de Menéndez Pelayo o de Clarín, y a veces se resiente de la confusa y heteróclita concepción de nuestro siglo XIX. En sus gustos artísticos y literarios, en su sentimiento de «lo popular», en muchas de sus ideas históricas y lingüísticas, trasparece la mescolanza romántico-positivista siempre discernible en las ciencias del espíritu de la España decimonónica. A un «hombre del 98» debió de parecerle pésimo el gusto literario de Unamuno. Por lo que a la frecuentación de nuestra vieja literatura se refiere, las diferencias de sensibilidad entre uno y otros son también considerables. Los libros españoles que Unamuno gusta de leer no son, por lo general, poéticos ni de ficción; apenas leyó a Lope, ni se interesó gran cosa por los primitivos castellanos que deben a la generación del 98 un verdadero renacimiento. Las lecturas españolas que dejan huella en la obra de Unamuno son sobre todo religiosas: muchos libros de ascética y mística, de historia monástica,

como la *Historia de la Orden de San Jerónimo* de Sigüenza, algunas obras de teólogos y moralistas.

(No omitiré otra observación. La diferencia entre Unamuno y los hombres del 98 se acentúa comparando los destinos de aquél y los de éstos. Unamuno, tras de varias persecuciones, vive hasta el final la pavorosa tragedia española que lleva dentro y cuyo climax último no puede tener más desenlace que la muerte. No se documenta en la suya ese fenómeno, comunísimo en las vidas de españoles célebres, que con frase unamunesca podríamos llamar «la restauración inmanente»: poquedad de ánimo que tolera todas las transformaciones inocuas, pero que ante las dificultades reales, ante el planteamiento de graves crisis históricas, propende a «reanudar», como sea, la historia de España. No es aún hora de insistir sobre estos dolorosos extremos, ni de distinguir entre las actitudes nobles y las que no lo son, entre las taciturnidades sospechosas y las resistencias honradas a enunciar problemas gravísimos y líos inverosímiles en una sola emisión de voz. El tema es demasiado escurridizo, pero sería falta de generosidad no aludirlo. Quede aquí).

Las lecturas españolas que vemos citadas en obras de Unamuno (más el *Poema del Cid*, la *Celestina*, el *Quijote*, Calderón, Guillén de Castro...; un pretendemos hacer un catálogo exhaustivo), aparecen siempre en función extraliteraria. Unamuno no fué nunca, porque no pudo o porque no quiso, un gozador de literatura. Leyó siempre como moralista. Cuando el libro no fué para él exponente moral, jamás le interesó de verdad. Su reacción podía ser ética o patética; en el último caso, el yo se le encabritaba y el resultado era un poema, o muchos. Un poema como *El sentimiento trágico de la vida* o como *El Cristo de Velázquez*, que ambos son libros poéticos y de muy honda relación entre sí. Y ambos están repletos de citas, sus verdaderas fuentes. Unamuno no fué un gran poeta sino cuando su «vocación» emanó de voz escrita. La mejor poesía suya es la interpretación de oráculos escritos, nunca rapto súbito; es casi siempre de fuente religiosa, sobre todo escrituraria. Podría decirse que la norma por una especie de «sortes biblicae», como la superstición medieval solió atener la conducta al azar de las «sortes virgilianae».

La literatura española está en la obra de Unamuno como exponente

moral de España. Interpretarla es desentrañar los destinos de esta triste nación nuestra. Comparte Unamuno con los hombres del 98 esa preocupación española, pero difiere de ellos en la actitud. Por la actitud está más cerca de Ganivet que de Azorín o Baroja. Es el hombre español formado entre los dos últimos siglos, contradicción hecha carne. Asiente y disiente, aboga por lo mismo que combate. Parece como si sintiera el halago de casi todo aquello que le repele, y que necesitara del antagonista para afirmarse a sí mismo.

III

Los escritos más interesantes de Unamuno en torno a los problemas de nuestra España y las posibilidades de una transformación de la vida nacional aparecen en curiosa actitud dialéctica frente al tradicionalismo español. El más considerable de estos escritos es la serie de ensayos *En torno al casticismo*, pero apenas hay ninguno entre los de su primera época—los que podemos leer hoy en la colección reunida por la Residencia de Estudiantes de Madrid—, que no incida de algún modo en la discusión del mismo tema. Sería fácil, pero requeriría largo espacio, determinar con el apoyo de algunas citas la línea zigzagueante que van describiendo esos ensayos. No hay para qué insistir en el manido tópico de las contradicciones de Unamuno; estas contradicciones, cuando lo son realmente, afectan rara vez a lo esencial del pensamiento del autor. Hay en él, con respecto a España, una actitud contradictoria que sí es de esencia, pero ésta constituye la entraña misma del drama español, del drama de Unamuno—y de otros muchos conterráneos nuestros remotos y próximos. En guerra contra los mantenedores de una determinada tradición, Unamuno está, simultáneamente, en guerra consigo mismo.

Lo más fecundo de estas meditaciones sobre España es la distinción entre la «tradición eterna» y ciertos acarreo históricos que son como concreciones ocasionales de aquélla. Parodiando una vieja distinción escolástica, diríamos que Unamuno distingue entre una «traditio tradens» y una «traditio tradita», entre un espíritu creador y sus creaciones, como distingue entre una infrahistoria o intrahistoria, la que ocurre

en las profundidades abisales del alma de un pueblo, la que van tejiendo estos hombres oscuros «que se levantan a una orden del sol» para arar sus campos, y la que traman los hombres de la historia oficial, olas que rizan sus espumas sobre profundidades tenebrosas. No hay historia sin aguas profundas y quietas que sustenten los juegos del oleaje; no hay historia sin sombría infrahistoria cotidiana.

Pero en el corazón del pueblo español, como consecuencia de una especie de extraño divorcio entre los dos planos históricos, se han ido incubando graves males éticos. Desustanciadas por su desconexión con el plano intrahistórico, las gentes de la superficie, demasiado débiles para mantenerse en ella, han recurrido a una perturbadora corrupción de los conceptos, han buscado justificarse en el confucionismo, han sustantivado ciertas petrificaciones históricas, instituciones políticas y religiosas, formas de cultura y hasta expresiones lingüísticas determinadas en el espacio y en el tiempo para estorbar, con la ayuda de esa tradición concreta, o intentarlo, el implacable refluir de la tradición eterna, inagotable creadora. El enrarecimiento consiguiente de nuestro ámbito histórico es causa de la decadencia de España, y esta decadencia es, primordialmente, moral. Su signo es la envidia, la «inquisición immanente» de los españoles. Quizá no sea en los ensayos *En torno al casticismo* donde se encuentren las más extremadas fórmulas de esta convicción de Unamuno: «Lo más del llamado en España tradicionalismo no es sino cainismo... Se persigue al hereje no porque con sus doctrinas ponga en peligro la salvación de sus hermanos, sino porque tiene doctrinas y no necesita atenerse al «no me lo preguntéis a mí que soy ignorante» de la fe del carbonero». (*De Fuerteventura a París*, págs. 28-29.)

En el mortal marasmo del alma española germina la envidia cainita. Las peores envidias, la moral y la intelectual, han encendido las hogueras de la Inquisición y lanzado las bombas de las guerras civiles. La conciencia de su debilidad ha hecho al español desustanciado, al español «castizo», envidioso y medroso a la vez. Porque la envidia, sembrando horrores, ha engendrado miedos insuperables a todo lo que sea independencia y fuerza verdaderas. Ha dado a la vida española su monotonía tediosa. Ha infundido en los ingenios pusilánimes el temor a pensar las cosas hasta el cabo, y el arredrarse ante la última consecuen-

cia, por temor de pensarla y por incapacidad de imaginarla, ha traído sobre esta espaciosa y triste España las mayores catástrofes. Ahí, en esas profundidades del alma española enferma, ahí donde radican nuestros más fieros males, es donde Unamuno quisiera ver iniciada nuestra reforma. De nada servirían las otras, de nada las revoluciones políticas o sociales, por violentas que fuesen. España ha de transformarse en virtud de un proceso de «metarritmisis», dice Unamuno en el espléndido ensayo *La juventud «intelectual» española*; necesita un completo cambio de ritmo de sus elementos constitutivos; «de una suprema sacudida depende que encadenándose de distinto modo de como lo están, brote de nuestra sociedad otra isomérica de ella y enteramente otra». (*Ensayos*, III, 61.) Nos es lícito referir este deseo a la concepción de la vida histórica española patente en los ensayos *En torno al casticismo*: nos es necesario el reengarce de nuestros desconectados planos históricos para que nuestra historia sea verdadera historia nuestra y exprese la voluntad de ser que alienta en la tradición eterna. Sin esa transformación de nuestro ser moral, no nos será posible vivir con plena dignidad histórica; a la larga no nos será posible vivir siquiera. Y vencido en nosotros el fiero cainita nacido del falso tradicionalismo, y que es el que azuza a los falsos tradicionalistas, lo demás se nos dará de añadidura.

«Metarritmisis»... Una España isomérica de la de hoy... Unamuno busca, como Ganivet, pero con mayor seriedad y hondura que Ganivet, la verdad española dentro del alma de España. Sueña con un resurgir de todas las patrias hispánicas, noblemente ambiciosas cada una de ellas con respecto de las otras, es decir, anhelantes de penetrarse y fecundarse, no dadas a esquivos apartamientos particularistas. Y para que ese resurgimiento, obra de la tradición eterna, sea posible, habrá que deshacer las tradiciones ocasionales, coágulos de tradición, que puedan dificultar el generoso fluir de aquélla.

(No disimulemos que Unamuno, magnánimo meditador de los destinos de España, tiene también sus momentos de flaqueza y de medrosidad. Los descubrimos allí donde casualmente contradice las grandes líneas de su pensamiento, y ello ocurre muy a la española, a impulsos de un deseo de justificación de lo vicioso, afirmado polémicamente contra modos de vida ajenos a España. Algunas veces sospechamos que a su

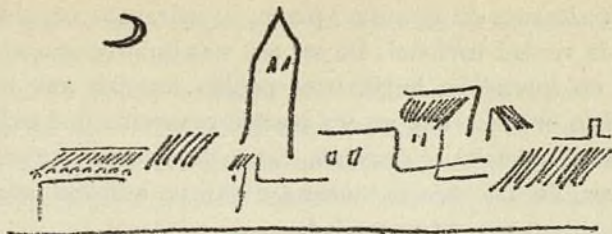
exaltación de la «España inalterable»—un concepto suyo sobre el que, por lo demás, deben meditar mucho los revolucionarios de buena fe—concorre un grave emperezamiento del espíritu. En esta línea se encuentra el famoso «¡Que inventen ellos!», arrojado con mal humor sobre los pueblos progresivos de Europa. «¡Pueblos progresivos, pueblos progresivos! ¿Y qué es un pueblo progresivo?», escribirá otra vez desdenosamente. Unamuno, tan enemigo de la retórica enfática tradicional—¿tradicional?—, responderá a un francés que nos la reprocha a los españoles: «En los países enfáticos, el énfasis es lo natural». Los ejemplos, que podrían multiplicarse, documentan una comunísima reacción española a los acosos de la conciencia. Desde el siglo XVII, el español ha empleado más tiempo y más energías en justificarse que en corregirse.)

Nada, absolutamente nada del ideario unamunESCO que venimos examinando—y es casi la mitad de su obra de ensayista, y aun de su obra poética—podrá oírse jamás, con coherencia verdadera, en boca de fascistas—de los *fajistas* que tanto odió Unamuno hasta el día de su muerte—. Mucho menos podrán invocar la otra mitad, la que recoge el pensar y el sentir religiosos de nuestro poeta. Todo ello puede ser reivindicado por una voluntad revolucionaria moralmente seria, es decir, por aquellos para los que *revolución* no es una mera palabra. No hay en los ensayos de Unamuno el menor intento de formulación programática revolucionaria, pero las cuestiones que suscita son tanto más importantes cuanto que son previas al cumplimiento de cualquier programa político o social que formulemos. Cualesquiera que fueran las palabras que Unamuno haya pronunciado en favor del ejército rebelde—y aún desconocemos su tenor exacto—, su obra perdurable se revolverá siempre contra esa grotesca intentona seudofascista que no aspira sino a una «segunda Restauración». *Scripta manent.*

Hace más de cuarenta años que salieron a luz los ensayos *En torno al casticismo*. Cuarenta años de elusión literaria de los problemas españoles, tan vivos en el alma de algunos grandes espíritus nuestros que los plantearon con toda agudeza. Al cabo de esa larga cadena de tiempo, período políticamente estéril si literariamente fecundo, inminente ya la guerra civil, nos encontrábamos en el mismo sitio en que se en-

contraba Unamuno por los días aciagos del 98. Entonces la revolución fué un amago, porque la revolución se hizo literatura. Excelente literatura. Hoy no podríamos decir lo mismo. Se adelantó el «tradicionalismo» a represar todos los resquicios por donde pudiera entrársenos la tradición eterna, y ha sobrevenido una catástrofe sin precedentes en la historia. Nada refluirá de ella a la literatura, ciertamente, ahuyentada ésta por la sangre. Pero cuando pensamos en el acabamiento de la guerra, sentimos necesario volver sobre los problemas de nuestro ser moral que culminan en la urgencia de superar el viejo cainismo español, siempre amenazante. Nos amenaza a todos, no se distingue en zonas ni en frentes de combate. No quedará literatura de guerra, ni es posible; pero bastaría con que quedara en claro que nuestra vida no será mejor que la pasada si no somos mejores nosotros, y que no podremos serlo si no conseguimos la valentía del pensamiento y la valentía de la generosidad. Desaparecerá entonces nuestro desgarramiento íntimo, y nuestra obra de cada día no será contradicha por la del mañana inmediato. Que los españoles futuros, al fortalecer su espíritu en la majestuosa ejemplaridad del caso Unamuno, no se vean obligados a revivir su drama, ese drama sin otro desenlace posible que la muerte.

JOSE F. MONTESINOS



EL ESPAÑOL

Y SU TRADICIÓN

Sería preciso mirar a España y a su suceso desde lejos, desde todo lo lejos que nuestra condición de españoles lo permita, aunque cordilleras y océanos se interpongan entre su tierra y nuestro paso. Mirar con perspectiva, no de espacio, sino de tiempo y de objetividad intelectual lo que en ella sucede, para descubrir su profunda realidad, para tocar la médula viva y abarcar así el sentido histórico de lo que en ella está ahora pasando.

Hacía siglos que en España, al parecer, no pasaba nada. Viajeros insolentes recorrían su suelo para hacer arqueología. Pero ni eso conseguían hacer al fin. El vivo rumor que corría bajo la aparente quietud española, los cogía infiltrándose en su fría mirada clasificadora y les trastocaba el propósito. Estaba muy cerca, por otra parte, la huella de lo español en el mundo; huella que quemaba o escocía aún, aunque los científicos viajeros no quisieran reconocerlo.

Habían otros hombres que querían analizar esta huella de lo español en el mundo, reconociéndola ya de antemano. Pero, pocos o ninguno con objetividad apasionada, que es lo que suele dar resultado en estos casos. Y los españoles, peleándonos enconadamente mientras tanto, mientras decían que en España no pasaba nada; aborreciéndonos y hasta matándonos por el sentido de esa huella. Los combatientes no estaban

ciertamente situados en el mismo plano, ni peleaban con igual ansia de rescate de la verdad nacional. De ser así, nos hubiésemos, al fin, entendido, y si no entendido, hubiéramos podido convivir aun peleando. Y ya se ha visto que no; que no era posible convivir: que existe una incompatibilidad esencial y decisiva, como de especies humanas distintas o, tal vez, de una especie humana y otra no humana todavía, y que una u otra tienen que ser anonadadas.

Ellos, los a sí mismos llamados tradicionalistas, se ponían en la trágica y cómica situación de únicos herederos de esta huella de España en el mundo y los únicos sabedores de su sentido, bien simple y pobreton por cierto, según su exégesis. Ellos eran España y toda su obra en el pasado. Y como esta obra había alcanzado tan grandes magnitudes, no había ya que pensar en realizar otras en el porvenir. El futuro era simplemente un cartelón que al par de «tapar la calle para que no pase nadie» era la pantalla grotesca donde se proyectaban deformadas, como de pesadilla, las figuras del glorioso y lejano pasado, no tal cual era, sino tal cual salían de la pobrísima imaginación de estos herederos de la tradición.

Y así, nos hicieron un pasado de pesadilla, que pesaba sobre cada español aplastándole, inutilizándole, haciéndole vivir en perpetuo terror. Pocos españoles habrán dejado de temblar ante la figura de Felipe II, por ejemplo, sintiéndose como «infraganti» de no se sabe qué falta tremenda.

Pero también, y por lo mismo, nos habían dejado sin futuro, y así íbamos viviendo los tristes españoles en un laberinto empapelado de figuras grotescas, en un terrorífico cuarto de espejos donde aparecían y desaparecían imágenes de ensueño apesadillado. La historia de España se nos había convertido en una encerrona y era preciso derribar muchos tabiques para salir de ella.

De esta angustia de vivir en laberintos de fantasmas históricos, nace la rebeldía del español ante su historia y ante su tradición; ante lo que le querían hacer creer que eran historia y tradición, y que no lo eran, porque carecían de tiempo; no transcurrían ni sucedían, sino que estancadas se habían convertido en espectros de sí mismas. Y surge la animosidad y hasta la odiosidad contra ellas porque nos impedían vi-

vir. Había que librar a España de la pesadilla de su pasado, del maléfico fantasma de su historia.

Se arremetió contra los fantasmas. «Hay que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid». Surgió la crítica implacable contra el ayer, queriendo olvidarlo en un utopismo adánico. Se confundió en la arremetida, el fantasma de la historia con la historia misma, y se creyó que podríamos vivir sin ella. Y el español entonces, por librarse del fantasma, se queda en el desierto, que tampoco es la vida.

Pero este español que se queda en el desierto no es el pueblo, sino el intelectual y el burgués liberal, si lo ha habido. El pueblo no puede quedarse nunca en el desierto porque él lo puebla: con su presencia, con sus voces, con las figuras que su imaginación conserva de días más afortunados. El pueblo, en su perenne infancia, vive de imágenes, pero su vejez, su vejez joven, su persistencia le proporciona el recuerdo de las imágenes ya idas. Y recuerda lo que el intelectual, por afán de aprender, ha olvidado. También inventa, con fragancia nunca marchita; repite recreando las antiguas creaciones de poetas y artistas y hasta de filósofos de días de aurora. El pueblo nunca está solo.

Nunca está solo el pueblo; pero ha permanecido peor que solo mucho tiempo en España: mal acompañado. Todavía había gentes—estas de la tradición—que se dirigían a él teniéndole por suyo. No suyo porque creyeran en su adhesión, sino *suyo* como cosa, como objeto. Y algunos intelectuales revolucionarios—sedicentes revolucionarios como los otros se decían tradicionalistas—se permitían igualmente hacer al pueblo *objeto* de sus discursos y elucubraciones.

Y esta es justamente la mayor perversión: hacer objeto a lo que como el pueblo es el máximo sujeto de la historia. Sujeto porque es a quien pasa todo lo profundo y esencial que pasa—aunque un individuo genial lo preceda—y porque es quien realiza todo lo que pasa y nada puede pasar sin él. (Por eso sus enemigos «no pasarán».)

Y así, mientras el pueblo seguía su vida de imágenes, su vida de historia verdadera que crea porvenir, su memoria de imágenes, comienza la pelea entre el intelectual liberal y el llamado tradicionalismo; entre la voz que clama en el desierto y los que movían los figurones de cartón metiéndose bajo ellos para asustar.

Entre ambas cosas: el desierto de la historia en que se había quedado el intelectual y las figuras grotescas de los tradicionalistas, España, estancada, no podía expresar, dar forma histórica a los ímpetus de su sangre, al latir incesante de su aliento... Y así vemos todas las luchas del siglo XIX como un caudal de sangre que se estrella buscando la salida. La historia española del XIX es puramente sangrienta; sangre que quiere alcanzar su sentido y su expresión. Impetu ciego casi siempre, sin voz y sin figura.

Y en estas peleas sangrientas el español anda buscándose a sí mismo. Da su vida para ver quién es y qué es. Los tradicionalistas para corroborar la falsedad en que se han metido, y esperando con su sangre hacer verdad los figurones grotescos. Los liberales, por desesperación y asfixia, por hallar una salida refugiándose en el destino heroico individual.

Se ha hablado del individualismo español como de algo congénito y permanente, cuando la realidad es, que este individualismo exasperado sólo aparece cuando la sociedad española, su historia actual, se ha quebrado; cuando el español se siente en el desierto y se refugia en sí mismo, en su valor para afrontar la muerte buscándola por nada, corriendo hacia ella para comprobar su condición humana, de hombres capaces de morir como hombres, esto es: moralmente.

¿Qué es España?, es la pregunta que el intelectual se hace y se repite. Se le ha hecho a la cultura española el reproche de no haber fabricado una metafísica sistemática a estilo germano, sin ver que hace ya mucho tiempo que todo era metafísica en España. No se hacía otra cosa, apenas; en el ensayo, en la novela, en el periodismo inclusive y tal vez donde más. No le va al español el levantar castillos de abstracciones, pero su angustia por el ser de España, en la que va envuelta la angustia por el propio ser de cada uno, es inmensa y corre por donde quiera se mire. No tiene otro sentido toda la literatura del noventa y ocho y de lo que sigue.

Y como esa soledad en que el hombre de quehaceres individuales (el intelectual), se ha quedado, proviene de la soledad en que todos se habían quedado en España con respecto al pasado y a la tradición, al hecho terrible de no tener al día la tradición, hay en consecuencia una falta de espacio y perspectiva, de ordenación de valores que hace iden-

tificarse a cada uno de los intelectuales españoles con España misma. Caso típico D. Miguel de Unamuno; creía que él era España y por eso no temía equivocarse ni creyó que tendría que dar cuentas a nadie; él mismo era el tribunal y el pueblo.

Si comparamos nuestra situación hasta hace medio año con la de otro país europeo, Francia, por ejemplo, encontramos que para un francés no es problemático su pasado; no tiene para él ese sentido de enigma mudo, lejano, como una cultura que ya acabó, sino que sigue fluyendo por su entre presente; tiene hoy porque tiene ayer, y en su virtud, tiene mañana también. Pero entre nosotros el tiempo se había trastocado. Y es ahora, en esta lucha a muerte del pueblo español contra su pasado de pesadilla, contra el cartelón del crimen con que querían aterrorizarle para que no se moviera; es ahora cuando vamos a encontrarnos de verdad con el pasado y cuando la tradición brota de nuevo y se reencarna en el hoy. Hoy España vuelve a tener historia. La lucha sangrienta de ahora se diferencia de las del siglo XIX en que entonces no se había alcanzado un sentido social, un sentido histórico, sino que era el individuo liberal, el romántico, el que daba la vida para que la muerte no le cogiera. Hoy el español muere para vivir, para recuperar su historia que le falsificaron convirtiéndola en alucinante laberinto. Muere por romper el laberinto de espejos, la galería de fantasmas en que habían querido encerrarle, y recuperarse a sí mismo, a su razón de ser.

Desaparecerá de una vez para siempre la arqueología sobre España y las disputas sobre su huella en el mundo. La huella de ahora es surco que penetra tan hondo en la naturaleza humana que alumbra zonas casi inéditas del hombre, aunque profetizadas y presentidas. Una nueva revelación humana que nos hace a todos reconciliarnos con la vida a través del sufrimiento y de la muerte.

MARIA ZAMBRANO.

ELEGIA

ESPAÑOLA

1937

Dime, háblame
tú, esencia misteriosa
de nuestra raza
tras de tantos siglos,
hálito creador
de los hombres hoy vivos,
a quienes veo laborados del odio
hasta alzar con su esfuerzo
la muerte como paisaje de tu vida.

Cuando la antigua primavera
vuelve a tejer su encanto
sobre tu cuerpo inmenso,
¿cuál ave hallará nido
y qué savia una rama
donde brotar con verde impulso?
¿Qué rayo de la luz alegre,
qué nube sobre el campo solitario,
hallarán agua, cristal de viejo hogar en calma
donde reflejen su irisado juego?

Háblame, madre;
y al llamarte así, digo
que ninguna mujer lo fué de nadie
como tú lo eres mía.
Háblame, dime
una sola palabra en estos lentos días,
en los días informes
que frente a ti se esgrimen
como amargo cuchillo
entre las manos de tus propios hijos.

No te alejes así, ensimismada
bajo los largos velos cenicientos
que nos niegan tus anchos ojos bellos.
Esas flores caídas,
pétalos rotos entre sangre y lodo,
en tus manos estaban luciendo eternamente
desde siglos atrás, cuando mi vida
era un sueño en la mente de los dioses.

Eres tú, son tus ojos lo que busca
quien te llama luchando con la muerte,
a ti, remota y enigmática
madre de tantas almas idas
que te legaron, con un fulgor de clara piedra,
su afán de eternidad cifrado en hermosura.

Pero no eres tan sólo
dueña de afanes muertos;
tierna, amorosa has sido con nuestro afán viviente,

compasiva ante nuestra desdicha de efímeros.
¿Supiste acaso si de ti éramos dignos?

Contempla ahora a través de las lágrimas:
Mira cuántos traidores,
mira cuántos cobardes
lejos de ti en fuga vergonzosa,
renegando tu nombre y tu regazo,
cuando a tus pies, mientras la larga espera,
si desde el suelo alzamos hacia ti la mirada
tus hijos oscuramente sienten
la recompensa de estas horas fatídicas.

No sabe qué es la vida
quien jamás alentó bajo la guerra.
Ella sobre nosotros sus densas alas cierne
y oigo su silbo helado
y veo los bruscos muertos
caer sobre la hierba calcinada,
mientras el cuerpo mío
sufre y lucha con unos enfrente de esos otros.

No sé qué tiembla y muere en mí
al verte así dolida y solitaria,
en ruinas los claros dones
de tus hijos a través de los siglos,
porque mucho he amado tu pasado,
resplandor victorioso entre sombra y olvido.

Tu pasado eres tú
y al mismo tiempo eres

la aurora que aún no alumbra nuestros campos.
Tú sola sobrevives;
aunque venga la muerte
sólo en ti está la fuerza
de hacernos esperar a ciegas el futuro.

Que por encima de estos y esos muertos
y encima de estos y esos vivos que combaten
algo advierte que tú sufres con todos;
y su odio, su crueldad, su lucha,
ante ti vanos son como sus vidas,
porque tú eres eterna
y sólo los creaste
para la paz y gloria de su estirpe.

LUIS CERNUDA.

ELEGIA

*A Francisco Blanco, marinero,
desaparecido en los frentes del Sur.*

¿A qué lejanos bosques te incorporas,
que ni el eco en su lista puede hallarte,
ni el tiempo mismo, que en sus lentas horas,
se abandonó al oficio de buscarte?

Todos los vientos de tu sueño, en vela
junto al umbral tan tierno de tus años
tu cuerpo aguardan, que en ausencia vuela,
tan largo ya que hace temer tus daños.

El fuerte buque en que tu pie desnudo
sintió primeramente su destino,
sin tu calor en su lamento mudo,
gime en el agua y tiembla por tu sino.

Cuelga la tela y duerme entre sus pliegues
mientras gira la brújula y persigue
hallar un horizonte en que no niegues
tu presencia que eterna en él se ligue.

¿Qué dura travesía con la sombra
tu timón y tu sombra va enredando?
Porque la luz te busca y ya se asombra
de no hallarte en sus albas navegando.

Tu persistente lejanía inflige
al que vive el trabajo de aguardarte,
la dura prueba en que sin ti se aflige
cansado inútilmente de llamarte.

Mi misma voz, negándose a ser fuerte,
en la ardorosa selva que domina
ocultarse quisiera, que tu suerte,
aunque sin llanto hacia el dolor la inclina;

que ya quizás tu pecho va nadando
por las aguas profundas de la tierra,
entre sus duras olas olvidando
el tiempo hermoso que en su pulso encierra.

Si es así: bajo el suelo en que escondida
tu silenciosa sangre derramada
hunde en la muerte el arco de tu vida,
tienes junto a tu sien tu gloria alzada;

que si el hierro atentó contra los tallos
donde tu juventud correr solía,
desde tu muerte suben hoy los rayos
con que empujas la luz del nuevo día.

Duerma tu cuerpo en paz que, tu enemigo,
su suerte en negras sombras tiene abierta:
Mira, mi soledad ya está contigo
con mi dolor sobre tu tumba alerta.

EMILIO PRADOS.

CANTO A LA LIBERTAD

I

No alcanzaréis su estirpe con vuestra torpe mano:
la Libertad del hombre está más alta que la soberbia ciega
como lo está la luz mucho más que la sombra en los bosques
inmensos.

Y su historia,
es la historia del propio crecimiento del hombre,
como curso del propio movimiento del río hacia la mar profunda,
como labio que aprende con esfuerzo a ordenar su primera
palabra,
frénética, difícil, insaciable.

II

Ha sido necesario que se derrumben años como maderas
mohosas,
que se hayan muerto padres de abuelos y de nietos que nos
antecedieron.

Ha sido necesario que los trabajadores de otras tierras más o
menos calientes que las nuestras,
más o menos pobladas de encinas o de chopos o de abetos o
robles,

caigan no sólo muertas si ultrajadas a vivos centenares de humillación y llanto
para que Tú amanezcas tan valerosamente por España,
por los lugares esos que conozco.

Y ha sido necesario que los hombres conquisten la muerte
preferible
como extraño terreno y enemigo palmo a palmo,
para que Tú despiertes purísima en los labios con merecido
nombre,
con dulces letras nuevas como gotas de miel, resucitada,
cuando apenas la lengua te pronunciaba entera por no hallar
a la sombra de tu letra pasiva
desgaste falso y frío de mármol manejado tan miserablemente.
¡Oh pura y blanquísima!

III

Podéis, podéis sembrar de piedras su camino.
Podéis hostilizarla con el oscuro fango cenagoso que lleváis en
el pecho y en vuestros ojos bajos
y podéis arrancaros de cólera los labios hartos de maldición
inútilmente:
no alcanzaréis su estirpe con vuestra torpe mano.

IV

Allí donde está el hombre está la muerte.
Donde habita la sangre habita el frío, la peligrosa muerte de
los hombres.

Pero Tú estás más alta porque en la muerte habitas
y en la vida también de tarde en tarde vertiginosamente per-
maneces.

Pero Tú estás más alta porque nada te hiere,
porque nada te alcanza para herirte.

Tú estás en lo más alto.

Tu voz habla en la voz de los trabajadores tan dura en su faena
y en sus ojos Tú eres una promesa lenta como un buey de
labor,

como campos de pan movidos por el viento en las praderas
que se merece siempre y cada día.

¡Eres el pabellón de triunfo colocado en lo más admirable del
esfuerzo del hombre,
en la parte más alta que al hombre pertenece!

V

¿Pero quiénes son libres si no son los pastores?

¿Quiénes son hombres libres sino los opulentos?

¿Quiénes serán los libres si no lo son los sabios y poetas?

No. No alcanzaréis su stirpe con vuestra torpe mano.

No seréis hombres libres si no sois libres todos y en peligro
de muerte.

No seréis hombres libres si no habéis paseado con dolor entre
ruinas

sintiendo cómo nace del escombros otra vida,

tocando corazones que laten: camarada,
 viniendo a firmes pulsos hace ya tiempo sueltos que a muerte
 se proclaman con títulos varones.

VI

Y por fin la alegría.
 ¡Venid ojos y ved! ¡Escuchad los oídos!
 Y las lenguas hablad ese lenguaje tan puramente oculto que
 nos mueve a movernos.

Hablad, hablad al mundo.
 Hablad a las naciones que nos miran.
 Dirigíos al hombre que medite en la muerte.

Venid, venid que os enseñemos:

Aquí la ciudad rota, las casas destrozadas y las calles funestas
 escombreras.

Aquí las avenidas pobladas de la muerte.

Aquí los habitantes que han perdido sus hijos o sus padres,
 sus hombres o mujeres.

Venid, venid hacia nosotros y nos conoceréis como nosotros
 os conoceremos: nuestros brazos esperan abiertos.

Compartid con nosotros el refugio y el pan.

Venid, venid hacia nosotros y olvidaréis lo triste
 porque ya no hay tristeza entre nosotros sino profundo duelo,
 patética alegría.

Los hombres y mujeres que otros tiempos amaron sus sórdidos hogares
hoy duermen y descansan en otro parecido pero más camarada,
hoy comen de otro pan tan tiernamente blanco pero más solidario
porque puebla la muerte nuestra ciudad con furia.

Y
por esa muerte oscura que acompaña tan intrincada, terca y duramente
los hombres y mujeres son otra vez el Hombre
por obra de la muerte colectiva.

Y se olvida el rencor como se olvida el hijo para vivir muriendo libremente,
y se olvida la sórdida querella matrimonial y oscura
como la oscura lenta y apacible tranquilidad burguesa.

¡Oh júbilo gozoso del peligro en tu nombrel

VII

No, no. Nunca.

No alcanzaréis su estirpe con vuestra torpe mano.

Mueran los sentimientos filiales y paternos.
Destruyanse los pueblos durante tanto tiempo trabajados
y arruínense las calles y edificios con ira sorda y ciega.

Muera el amor también,

muera el amor privado como la propiedad privada odiosa-
mente
y enciéndanse los ojos de contemplarte pura, de comprobar-
te excelsa
moviendo corazones de frenético vuelo.

Ni piedra sobre piedra quede,
pero Tú, con nosotros:
¡Eternamente viva sobre la muerte nuestra libre y merecida!

ARTURO SERRANO PLAJA.

Madrid, diciembre 1936.

TESTIMONIOS

TIERRAS DEL SUR

I

El hombre entró con pisar silencioso : alpargatas viejas, viejas ; traje de pana lleno de inefables remiendos, un remiendo sobre otro puesto por las manos cariñosas y cansadas de su mujer. Venía mustio, tristísimo, arrastrando la carga de sus sesenta y tantos años. Y venía limpio : ¡ El agua la dan de balde !

(Y era en tiempos monárquicos, cuyo espíritu revive hoy en la facción sublevada al amparo italogermano. Y era en mi natal Andalucía.

Le habían despedido los amos, al cabo de veintitantos años de servicios.

Era guarda de un cortijo grande, de cuatro ricos propietarios. Ganaba dos pesetas al día. Cada propietario tocaba a cincuenta céntimos diarios. Pero los tiempos estaban malos para despilfarrar dos reales cada veinticuatro horas, en pagar a un hombre que ya no podía trabajar como antes y que tenía—por virtud de su segundo matrimonio : un hombre sin mujer se arregla difícilmente en los campos y además no lo quieren de guarda, pues la mujer presta servicios de limpieza en la casa—que tenía, sigo diciendo, cinco o seis hijos pequeños que no hacían sino enredar en el cortijo .

—Enredar y lo que fuese, porque poco jornal y muchas bocas...—decía uno de los cuatro amos, que era listo).

Su mujer, al verle entrar, pensó que venía enfermo.

No era así—disimuló él—, sino que se trasladaban al pueblo, donde un mejor retribuido oficio le esperaba. Además, los chicos irían a la escuela. Y, etc. Hubo de enfadarse porque la mujer se resistía a creerlo y a abandonar la guardería del cortijo, donde tantos años habían pasado. Y que el campo es el campo. Sol y aire, forma extraordinaria de alimento.

—Estás loco—dijo transigiendo, a la fuerza, la mujer.

—Estoy, estoy...—aquí el hombre recortó un taco que salió transformado :—¡ Andando !

Pero allá, en el pueblo, no pudo continuar su disimulo.

No encontró trabajo.

El hambre apareció en la casa.

El hombre enfermó.

Por las noches, cuando los demás dormían, se levantaba para salir a la calle.

—¿Dónde vas, hombre?

—A buscar trabajo—contestaba siempre, en el delirio de la fiebre.

Buscar trabajo, buscar trabajo.

En el pueblo había un casino (¡!) donde los señores (¿?) holgaban y se lamentaban, entre sorbo y sorbo, de lo malos que estaban los tiempos.

Una noche, sin ser oído, salió el hombre a la calle a buscar trabajo.

Un labrador lo encontró, de madrugada, tendido en una acera. Lo conoció. Llamó a un amigo y lo llevaron a su casa.

El hombre estaba muerto.

(En 1936, las cuentas corrientes inmovilizadas de los pobres propietarios que no podían pagar cincuenta céntimos diarios de jornal, arrojaban sumas importantes.)

2

Religión viene de religio, religar, unir de nuevo. Se ha visto cómo los que a sí mismos se dicen nacionales, interpretan de modo estupendo y amplio la palabra cuyo contenido dicen defender.

Sin duda pensaron que no estaba mal, sino bien, unirse con alemanes que pretenden hasta que dios es alemán, y con moros, que son los únicos hombres del mundo de nuestros días que sienten el furor por causa religiosa, y aun hablan del «perro cristiano», y nos los han traído por acá a que nos descrimen y a forjar, ellos, su España. No está mal. Son hombres estos nacionales con gran espíritu constructor y proselitista y pretenden religiosamente, lo que Lerroux republicanamente: ensanchar bases, agrandar. Conformes: porque también se agranda quitando: al hoyo mientras más se le quita más grande se le hace. Y es probado.

Pero lo que quería testimoniar, es que en pechos de moros muertos, se han encontrado unas condecoraciones, que sin duda les ponen por méritos de guerra: una cinta roja con la medalla del congreso eucarístico del año siete.

El cáliz y la hostia en el pecho de un moro.

Perfecto.

¿Aprovechan un sobrante de medallas eucarísticas para religar, o para dársela *con queso* a los moros que no saben leer?

De cualquier modo, ¡perfecto!

3

Villanueva de Córdoba. Un pueblo de Andalucía. Los señoritos sublevados, con fuerzas de la guardia civil. Julio. En la torre de la iglesia, una defensa y un ataque. En ella, además de armas, botellas y salchichones que partían en rajas diciendo a los leales con ademanes graciosos: esto vamos a hacer con vosotros (referencia).

Pero aconteció que fueron vencidos.

Y a los pocos días comía yo en el hospital de dicho pueblo, servido por las monjas, que siempre cuidaron allí a los enfermos, vestidas con sus hábitos de siempre.

—Se portaron bien y cuidan bien a enfermos y heridos—me dijeron. El terror rojo.

y 4

Y en Montoro un miliciano de otro pueblo cordobés, me decía, también por el pasado agosto:

—Nos vencieron los fascistas. No teníamos armas. Algunas escopetas cargadas por la boca en su mayoría.

(Para continuar necesito hacer este paréntesis: En muchos pueblos andaluces, el sábado de Gloria se hacía en cada barrio un Judas: un muñeco de trapo, de tamaño natural, que se colgaba con una cuerda de balcón a balcón. Al repicar gloria las campanas del pueblo, los mozos disparaban contra el Judas sus escopetas cargadas por la boca, y con las cargas de mala pólvora humosa, prendían al Judas fuego y caía ardiendo deshecho.)

—A los que cogieron los fusilaron con sus propias escopetas, que como tenían mala carga, porque no había otra, no mataban de pronto, sino como a los judas de semana santa.

(Malheridos y ardiendo, brincando de dolor, corriendo despavoridos mientras ardían y sangraban. Zarabanda de llamas y sangre y gritos.)

Yo no quiero creerlo. Y si me paro a pensar en ello, es que no puedo, no puedo creerlo.

ANTONIO PORRAS

COMENTARIO POLITICO

LOS MITOS SE RESQUEBRAJAN

(GUADALAJARA)

A través de las trágicas circunstancias por que atraviesa España, y a medida que el desarrollo de la lucha entra en etapas de mayor trascendencia universal, van cobrando relieve irrecusable ciertos valores y categorías humanas y políticas que permanecían latentes y escondidas en tiempo normal.

Hoy, aun para las mentes menos acostumbradas a los problemas políticos y sociales y a las ideas generales que de ellos se desprenden, es la hora de las hondas experiencias, de las grandes realidades que se lanzan, desnudas de toda máscara, a la arena de este juego entre la vida y la muerte de España, grave y decisivo para el futuro del mundo.

Jamás fracasaron con tan gran estrépito los tópicos, las apariencias falsas de las cosas que venían manteniendo, con la ventaja del tiempo favorable, la especulación y el chantage superior. Jamás lució con más brillante estupor la realidad imprevista, el perfil exacto de los hechos. Jamás ha sido tan difícil escribir o hablar con exactitud. El verbo y la palabra quedan casi intransitivos, impotentes ante la elocuencia muda y viva de los hechos. El escéptico está herido de muerte.

Sonó, en el reloj de España, la última hora de los mitos, de las irrealidades.

En campos de Guadalajara, tierras y piedras presencian, con mirada de quien desde su experiencia antigua todo es capaz de presentirlo, la victoria nacional sobre las falanges extranjeras.

El milagro de nuestra independencia se repite. Estereotipados sus momentos diferentes—aquéllos por sabidos y por intuídos éstos—fundidos en común substancia, casi fuera del tiempo, como intermitencias de un mismo dinamismo nacional con siglos de intervalo, la victoria de hoy resume y ratifica la historia heroica de nuestra independencia, colocando a España en el umbral de grandes resonancias internacionales.

Para quien vive de puros gestos retóricos la realidad es muy dura y la audacia tiene sus riesgos, sus desventajas capitales cuando está impulsada por la desesperación y, sobre todo, cuando es recurso último para encubrir la sinrazón, la derrota de los valores en el mar turbulento del fascismo. La victoria fácil sobre Abisinia—demasiado fácil para ser victoria—cegó los ojos de Mussolini y lanzó su prestigio de cartón y trapo a una mala aventura.

En la piedad que inspiran esos pobres campesinos, albañiles, zapateros italianos, prisioneros de nuestra victoria reciente, se realiza la caída vertical del mito fascista en su parte más esencial: en su potencialidad bélica y en la integridad de su propia ideología como conciencia colectiva del pueblo italiano.

El soldado italiano que ha venido a España depauperado y hambriento, analfabeto en la mayor parte de los casos, movilizad por el engaño como recurso político, se encuentra de pronto enrolado en un gran ejército mecanizado de invasión, pero inerte en la conciencia política de la lucha, desarraigado de la tierra que pisa, sin justificación humana para el sacrificio de su vida.

La idea fascista, a pesar de los largos años de dominio político, no ha podido penetrar en la entraña de la masa, no ha podido transformarse en conciencia colectiva del pueblo. En estas condiciones, cuando el elemento humano falla, la derrota desborda toda previsión de la ciencia militar y se deshace en mascarada trágica que arrastra al desastre todo el complejo de valores políticos y sociales, fracasados en su gesto capital y máximo.

Y es así cómo el haz lictor se desmorona en campos de Castilla. El ejército de los esclavos, de los hombres de cerviz sumisa, no podrá jamás con un pueblo que no humilla ni arrastra su gallardía nacional, que no dobla fácilmente los huesos si no es a costas de su vida.

La caída del mito fascista implica, también, la radiante realidad, que deja a su vez de ser mitológica, del valor social del hombre, de su papel cardinal en la guerra mecanizada. La conciencia histórica y política del soldado, la legitimidad humana de lo que se defiende, traducidas en impulso defensivo, es valor positivo en las primeras líneas de nuestra defensa nacional. La Italia fascista movilizó su ejército de invasión sin contar con esta condición preciosa en su interés opuesto. Se engañó a los soldados, se falsificó el rumbo de la acción.

El fascismo nacional, complejo amasado de todo lo negativo e históricamente impotente de España, incapaz de resolver de por sí la cuestión planteada, ha tenido que recurrir a la más tremenda contradicción y suicidio que vieron nuestros tiempos.

Hasta hoy los fascismos europeos mantenían el fuego de su sangrien-

ta dominación conjugando el más desenfrenado chauvinismo, explotando y utilizando con gran habilidad técnica y política el sentido nacional de las masas, ahogando el menor asomo de solidaridad o cooperación internacional en el mar hiperestésico de un egocentrismo agresivo.

Hoy, después de largos meses de una lucha de crueldad sin precedentes en que el pueblo español antifascista corrobora su vitalidad histórica, su heroísmo sin límites frente a las hordas sangrientas de toda tara y traición, el gobierno fascista de Burgos liquida, sin el menor escrúpulo, su más elemental plataforma estratégica de lucha «nacional» y entrega la «España grande» en manos del fascismo internacional.

«Bussiness is bussiness», dicen desde que el mundo es mundo los mercaderes desaprensivos de toda latitud. Y España se convierte en el campo de todas las voracidades imperialistas, en centro y cruz de los más francos cinismos a plena luz de las leyes del derecho internacional de los pueblos.

Pero los españoles no olvidamos que, en la «mise en scene» fatal en que se nos fuerza a jugar la última carta, también implica la contrapartida de nuestra victoria. Porque en esta partida a muerte se juegan destinos últimos e irremediables. Y no son los de España únicamente. Quizás de nuestra guerra surja una dura lección para el mundo. Lección dura y viril... Y en la piel de toro de nuestra España encuentre el fascismo internacional la horma de su zapato.

JOSE RENAU

NOTAS

LA NUEVA VIDA DE «EL VIVIENTE»

(SOBRE LAS OBRAS COMPLETAS DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

Hay un momento en que las ideas de nuestros maestros no nos parecen opiniones de unos hombres determinados, sino la verdad misma anónimamente descendida sobre la tierra.

J. ORTEGA Y GASSET.

Ya ha hablado, hace pocos días, desde el periódico «Frente Rojo», un discípulo de Ortega, Julián Masías, señalando el hecho de la aparición de las obras completas del maestro, en segunda edición, que lanza Calpe, y no hemos de insistir en el maravilloso acontecimiento, por haber sido justamente notado y por preferir que quede en emoción el pensamiento de que este lazo inmenso, completísimo, de ardiente vida e impecable razón, haya brotado, letra a letra, con serena firmeza, entre la destrucción que queda, a su luz desmentida.

Pero hablar de la obra de Ortega en este momento, hablar de Ortega, pues su obra, no es más que un signo de su ser, como su frente o sus manos, encierra la dificultad de compaginar su paso lento, su trazo amplio y desprendido con nuestra mente actual, turbada por tan aceleradas contingencias. Sin embargo, ahora es cuando hay que hablar sin pérdida de momento, ahora es cuando hay que leer o releer la obra de Ortega, para encontrar en ella la frase que dijimos ayer, el pensamiento que estamos pensando, el proyecto de lo que nos disponemos a ejecutar. Amigos y enemigos, discípulos y detractores, tenemos hoy día el pensamiento de Ortega, difundido en la médula del propio pensamiento y como perdido, más hondo que el recuerdo; los que intentamos seguirle, le seguimos hasta cuando creemos estar improvisando, y los que le combaten, le siguen hasta cuando creen estar combatiéndole. ¿Por qué, pues, le combaten? Ciertamente, a Ortega se le ha combatido sólo por razones políticas, y si hay una cosa que exija ponerse en claro, es que Ortega, de política, lo que más clara y reiteradamente ha dicho, es que no hablaba de política. Me refiero a la época anterior a su actuación parlamentaria, y a sus trabajos que podemos llamar extraparlamen-

tarios, aun dentro de esa época: No es posible hablar ahora de la pasión política de Ortega—pasión, en el sentido cristiano y en el profano—; dejemos este tema para tiempos de paz, porque en ese dichoso tiempo venidero, nuestro deber más señalado será armar guerra sin descanso. Pero esto no es esquivar la cuestión, pues, sin ambages, vaya esta afirmación como resumen: en la mayor parte de los juicios de Ortega, y pongamos el más duro para con la actualidad social «La rebelión de las masas», puede encontrar el pueblo, es decir, el hombre que con una limpia prosapia de humanidad se disponga a beber la clara visión del tiempo nuevo, puede encontrar estimación más acendrada, promesa de porvenir más dilatado y excelso que en el noventa y nueve por ciento de las teorías propugnadoras de la salud social que hoy se acredita. Quede, por tanto, patente, que, soslayar esta faceta de la obra de Ortega, no es considerarla peligrosa, sino tener el convencimiento de que hay en ella mucho que explicar primero. Y no es que Ortega haya sido hasta ahora mal entendido; lo que ha pasado es que el español, al encontrar sus verdades más íntimas, tan luminosa y brutalmente—como él mismo dice—expuestas—sí, luminosa y brutal, puede quedar muy bien como definición de la verdad de Ortega—, ha reaccionado, por pudor, o por no sé qué avaricia de ensimismamiento, mandándolas nuevamente a yacer en su fondo inexpresado, como si nada hubiese oído. Esto en el mejor de los casos, y en el peor, negándolas, en la confianza de que ningún otro se atreverá a declararlas propias. En este caso, también es en el que se señalan sus errores. Y para que no falte nada en esta breve exégesis podemos empezar señalando uno de ellos: en el prólogo a la primera edición de sus obras completas. Ortega dice, con desconfiada amargura: «¿Puede esperar un español que algún compatriota sienta interés por el secreto de lo que fué su vida?», y con esto da a entender que él no lo espera; sin embargo, la vida y la obra de Ortega, o más bien la vida de su obra, la biografía de sus ideas, está ya, si no trazada, apuntada en sus líneas principales, verá la luz cuando él menos lo espere, irá, en cuerpo de libro, a contradecirle. Este ejemplo, sirva a todo aquel que, habiéndole visto bordear algún yerro, no haya comprendido que Ortega, como el discutidor violento, que en medio de la disputa grita con insistencia, ¡a que no!, ¡a que no!, lo que quiere es que sí.

Ortega es el primer maestro español que crea una escuela pulcra, coherente, y tenaz; no ha podido pasarle lo que al gran Unamuno (*), que la sucesión de su obra excelsa se ha corrompido pronto en el discipulaje, minado por la impostura, y no ha podido sucederle, porque recurriendo a la definición anterior, su verdad es luminosa y brutal. Enlazo estos dos términos, con la conjunción, para que

(*) El parangón entre estos dos maestros, Ortega y Unamuno, es algo que solamente puede llamarse de un modo: nuestro porvenir. En cuanto a las dos escuelas, sucede que lo que en Ortega es luz, en Unamuno es fuego, y el fuego produce siempre efectismos.

afirmen su antítesis, pues esta alusión a lo bruto, apunta expresamente a su intrínseca oscuridad. La verdad de Ortega es la razón en su física, en su carnal latido, en su oscuro designio, es la razón, como criatura natural, es la razón *viviente*. Ortega no ha hecho más que vivir su razón y pensar su vida, como aquel árabe andaluz, que se llamó «El viviente hijo del vigilante»; Ortega asume esta misión de vivir, como función posterior a la de vigilar, como consecuencia última y principal; vivir abriendo el seno de la verdad entrañable, contemplándola en sus fuentes sangrientas, en la vena de sus fugaces, perecederos momentos.

En el número anterior de esta revista, al escribir el nombre del maestro en la nota dedicada a Larra, apunté, aunque insuficientemente, la esencial peculiaridad de su actitud mental. La vida en Ortega, no toma su relieve de una diti-rámbica exaltación ni de un estimulante decorado poético ni de un imperioso mandato de atención a ella; lo toma exclusivamente de su finitud. Sus horas, contadas, son el espacio que se nos da para contemplarla, como dechado o paradigma supremo; cada momento es una despedida y debe ser abrazado por una mirada larga, saboreadora de toda su faz. Ortega sale a la vida, como Ségismundo de su prisión, y el destino se ha encargado mil veces de volver a encerrarle. Y bien, ¿cuál es el fin de todo esto, cuál es el lado positivo de esta sangría de contemplación? La esencia misma del contemplar. Contemplar, es lo que auna los dos actos, vivir y abstraer, y, ¿no es esta la esencia del bien vivir?

Cuando Ortega, en su certera y apasionada mirada histórica, se acerca al mundo antiguo, la más compleja e inexpressa confesión de Grecia parece ir a surgir de sus palabras; allí es donde parece que su verdad va a precipitarse en el verdadero lecho, fertilizando la perspectiva extensa, y así es en efecto, sigue de modo velado y breve; pero la clave se encuentra en estas palabras sobre Esquilo: «Le acongojan los problemas del bien y del mal, de la libertad, de la justificación del orden en el Cosmos, del causante de todo. Y sus obras son una serie de acometidas a estas cuestiones divinas». Más tarde, resume: «A fuerza de piedad, quisiera superar la religión popular, que es insuficiente para la madurez de los tiempos». La tara laica que empezó a arrostrar la generación de Ortega, y que en las siguientes ha dado tan funestos resultados, le impidió afrontar con desembarazo la idea de la piedad, que es lo que antes he llamado el verdadero cauce de su pensamiento, esto es, la extensión de futuro donde ha de remansarse. Necesitó buscarla en momento anterior a su hegemonía cristiana, para verla como fruto de madurez, como flor de extremas altitudes, como realidad humana del bien.

En la noción incompleta, parcial, que pueden dar estas líneas, sólo cabe señalar las dos riberas que el hilo de su pensamiento demarca: la vertiente de lo pensado, en su flúido y vivo acontecer, «La teoría de Einstein es una maravillosa justificación de la multiplicidad armónica de todos los puntos de vista. Amplíese esta idea a lo moral y a lo estético y se tendrá una nueva manera de sentir la Historia y la vida», la vertiente de lo vivido en su trascender poético. «Esta

bárbara atmósfera, produce en alguna rara ocasión formas sentimentales, de amor femenino, sobre todo, donde la entereza bravía de lo infrahumano es sin pérdida trasportada a la clara región del espíritu. Y entonces, yo creo que nos hallamos frente a una de las cosas sublimes que existen en el universo. Mas, sobre este punto, silencio. Es uno de los sacros misterios de España que no conviene tocar, sino en momento de exaltada visión».

En suma, luminosa confusión germinadora en el seno inagotable de la realidad.

ROSA CHACEL

JUDIOS ESPAÑOLES PROMOTORES DEL RENACIMIENTO

«DE GABIROL A ABRAVANEL», DR. SAÛL MÉZAN

(LIBR. LIPSCHUTZ, PARÍS, 1936)

«El pueblo judío, después de haber sido expulsado de su hogar primitivo, no conoce la unidad del lugar; ya no se concentra en unidad de acción y ni siquiera el tiempo juega un papel importante en su existencia singular.»

Exentos de las trabazones cósmicas por las que otros pueblos se encuentran atados a un ámbito estrecho de los destinos, a los judíos se les impone la alta misión de ser intermediarios entre las culturas. Desde el momento de consumarse la redacción del Antiguo Testamento, los israelitas se dedicaron a la exégesis. Exégesis, esto es: exteriorizar la totalidad del complejo fecundado por el trauma. Y el trauma del torrente cultural israelita lo forma el todo.

Así se explica que un puñado de genios hebreos haya podido estremecer la esterilidad científica medieval, originando una nueva Era de la Humanidad, y más todavía: una nueva Humanidad. Estos hombres vivieron en España. Su obra se extiende sobre seis siglos, del once al dieciséis. La primera creación es la «Fons Vitae», escrita por Salomón ibn Gabirol (Avicébron); en el centro están las magnas estratificaciones de Maimónides y de los grandes místicos judeo-españoles; el término lo forman los tres «Dialoghi di Amore», redactados por León Abravanel (Leone Ebreo).

Esta época, de un precioso florecimiento de las ciencias espirituales judaicas, fué el Pre-Renacimiento y el germen inmediato del Renacimiento europeo.

Esta es la magna tesis que explica Saül Mezán en un libro: «De Gabirol a

Abravanel» (Lipschutz, París, 1936). El libro tiene 155 páginas. En un espacio tan reducido encontramos cristalizados: el origen del pensamiento clásico, la evolución de la visión filosófica judeo-española y el desarrollo de su influencia sobre la ideología cristiana. En total: una historia sucinta de la cultura sefardita.

El escrito de Mezán es una joya de la historiografía. Como insinuamos al principio de estas líneas con propias palabras del autor, la civilización judía no tiene presencia definida. Mezán se encontró ante el problema de determinar apariciones imponderables entretejidas dinámicamente en la sempiternidad. El autor evitó el peligro sugestivo de caer víctima de unas especulaciones embrolladas. Su tesis se comprueba con una preciosa exactitud matemática. Este libro de Mezán tiene la belleza absoluta de una ecuación algebraica.

Los primeros capítulos explican el derrumbamiento del Imperio Romano y los principios de la cultura—por los clásicos llamada bárbara—de Europa. Después de trazar las fuentes de la filosofía medieval en sus orígenes islámicos y judeo-españoles, siguen unas consideraciones escuetas mostrando la Iglesia romana en su lucha contra las energías bárbaras. Terminan estas indagaciones con un bosquejo de la faceta sefardita en contraposición a la azkenasita del judaísmo.

Los capítulos siguientes del libro ofrecen unos pequeños retratos espirituales de los grandes pensadores sefarditas de la Edad Media. Una primera observación se dedica a la senda filosófica que conduce de Filón de Alejandría a Jasday ibn Shaprut. La investigación continúa contorneando la obra de Avicebron, representante del neoplatonismo judeo-español, cuya enseñanza roza el panteísmo sin admitirlo. Surge la efigie de Maimónides, el genio racionalista del siglo XII, cuya ideología «devolvió a la religión judía el dinamismo que la permite evolucionar a través de los siglos sin perder las fuentes originales». La libertad del espíritu de este erudito y de sus discípulos encuentra su reacción en la grave ciencia esotérica de la Kabala. Mezán delinea las principales obras cabalísticas: El Libro de la Creación y el «Zohar», Libro del Esplendor; unos párrafos introducen en los procedimientos de exégesis eminentemente complejos de los esotéricos sefarditas, detrás de los que se abre el orbe secreto de toda la estratificación y todo el ser.

Se va acercando el éxodo de la ciencia judeo-española.

En sus tres diálogos da Leone Ebreo la esencia, la universalidad y el origen del Amor. Estos coloquios, que «pueden ser considerados como síntesis de los esfuerzos filosóficos medievales, reconciliando el idealismo platónico con la enseñanza aristotélica y el peripatetismo semita», se realiza entre Filón y su amante—aquél Filón que está al principio del clásico pensamiento judío—, cerrándose de este modo orgánicamente el círculo mágico de la labor espiritual sefardita.

El contenido de este círculo se reflejó inmediatamente sobre la vida creadora de los escolásticos y humanistas cristianos de la Era occidental. Mientras que la repercusión de la obra de Dante, Petrarca y Boccaccio tardó dos siglos en encontrar su efecto realizador, el saber, el pensar y el ser de aquellas mentes exentas

del cautiverio temporal-geográfico se impuso con la certeza de un fenómeno de la naturaleza a los engendadores inmediatos del Renacimiento. Juan Scoto, Amaury de Chartres, la Escuela de traductores del Arzobispo Raymond, Albertus Magnus, Tomás de Aquino, Meister Eckart y los últimos escolásticos—todos sintieron verse sobre sí la fuerza arrolladora de esos exégetas del tesoro cultural clásico y profetas de una resurrección clasicista. Muchos de ellos no sabían el hebreo; se sirvieron de traducciones al latín, sin darse cuenta de que era judía la sabiduría anónima que iba a estremecer su sabiduría cristiana. Se nutrieron de un bien foragido, foragido en el sentido positivo de la palabra.

Paracelsus estratificó su doctrina sobre el ámbito esotérico de los kabalistas. Giordano Bruno estudiaba a Avicebron y Maimónides.

Pero no fué sólo el espejismo de los esfuerzos científicos sefarditas que se iban difundiendo por Francia e Italia hasta penetrar en Alemania y Holanda; los resultados mismos de las ciencias exactas: de la aritmética, geometría, astronomía sefarditas, fecundaron en sus migraciones diametrales las esferas yermas de las actuaciones humanas. Las Tablas Alfonsinas, compuestas bajo la presidencia del judío toledano Don Zag ibn Sid, determinaron la actividad astronómica de la época pre-moderna; llegaron a conocerse las maravillosas obras cartográficas mudéjares de Abraham Cresques; se utilizaron los instrumentos ópticos, cronométricos y meteorológicos ideados por sefarditas medievales, y se sacó utilidad concreta de las audaces expediciones geográficas realizadas por Benjamín Tudela y otros.

Al renovarse el mundo y la Humanidad mediante el proceso que acostumbramos denominar Renacimiento, se realizó un proceso bifacial: el retorno a la donairosa vitalidad clásica y la apertura de nuevos horizontes micro y macrocósmicos. El Renacimiento es un estilo de dinamismo horizontal; tanto la obra como el espíritu renacentista anhelan la continuidad terrenal; se renació para ya no volver a morir jamás.

Este sentido intrínseco del estilo—nuevo para sus divulgadores pasivos—es viejo para sus promotores involuntarios. El judaísmo se encuentra en un constante renacer, y en primer lugar el judaísmo sefardita, que cuenta con una cuna directa y concreta—España—, cuya esencia renace donde actúa un judío sefardita. Es el alma judeo-española que se renueva constantemente. Desde un principio llevó en sí este alma el germen del Renacimiento europeo.

Se le debe a Mezán el haber descubierto o al menos explicado diáfananamente este hecho. Es posible que muchos no le adjudiquen importancia por tratarse de un fenómeno histórico, o sea: lejano. Estos muchos cometerían un error y lo que es más, una falta.

El alma judeo-española no ha muerto, porque no puede morir. Engendró el Renacimiento y por ley natural tiene que engendrar otros renacimientos. El haber originado aquel estilo no es lo mismo que haber producido el goticismo o el barroco; éstas son formas artísticas singulares y específicas que se dan una sola

vez en el transcurso de cada cultura. La misión del Renacimiento, en cambio, es renovar un impulso perenne de reacción que de tarde en tarde adopta formas de acción.

El libro de Saül Mezán promete, por encima de su tesis, que del alma judeo-española brotarán más renacimientos, toda una serie de renovaciones del mundo y de la Humanidad.

Por eso termina el autor su libro con estas palabras:

«Ces principes sont devenus les principes de notre civilisation contemporaine.

«Ils restent à jamais.

«Ils sont éternels.»

MAXIMO JOSE KAHN.

ANTE LA OPINION DE NUESTROS CONTRARIOS

D. Carlos Montilla, ex Presidente de la Junta de Defensa del Tesoro Artístico Nacional y actual Ministro de España en Belgrado, ha publicado ya en The Times y en el Manchester Guardian unas declaraciones, respondiendo a las insidias del ex duque de Alba y otros, sobre la custodia y conservación de nuestras obras de arte.

La nota que sigue, del actual Presidente de la Comisión de Protección del Tesoro Artístico, en Valencia, deshace una vez más las calumnias de todos aquellos interesados en hacer creer que en la España leal se destruyen o pierden las joyas artísticas confiadas al cuidado del pueblo.

No está al alcance de los que, a lo largo de esta revolución, ponemos nuestro esfuerzo en reunir y custodiar el Tesoro Artístico de España, contrarrestar la campaña difamadora que los Gobiernos fascistas europeos intentan difundir, atribuyendo al pueblo revolucionario actos que, en momentos menos graves, no daríamos en calificar de irrisibles; pero creemos que es nuestro deber darnos por enterados de que esta campaña se lleva a cabo; y hasta apresurarnos a tran-

quilizar a los espíritus ingenuos que, sin duda, abundan en Europa, respecto a la suerte que han corrido las obras de los grandes Maestros, pues según es sabido por todos, no por nuestra culpa tuvieron que salir de sus hogares.

Hemos leído en periódicos prestigiosos de alguna gran capital inculpaciones como esta: «...algunos cuadros, por su gran tamaño, se han cortado en pedazos, para poder transportarlos rápidamente fuera de Madrid, y, *lo que es peor*, han seguido otros un rumbo que privará por siempre a Occidente de las joyas atesoradas en los Museos de Madrid».

De esta segunda inculpación que nuestros censores juzgan la más grave, tenemos que conceder que si bien es verdad que ni el menos valioso de nuestros objetos ha traspasado los límites de la Península, han tenido que alejarse de los frentes de la frontera occidental, pues todavía por un cierto tiempo, el clima que reina en la mitad oeste de España, será enteramente pernicioso para las producciones de la inteligencia. En cuanto a lo de cortar los cuadros en pedazos, no ha sido necesario recurrir a procedimiento tan ingenioso para trasladarlos; ha bastado, simplemente, el apoyo material ilimitado del Gobierno y el esfuerzo del pueblo que ha colaborado en el trabajo de su transporte e instalación tan incansablemente y con tanto esmero como en un servicio sanitario.

En ninguna de las revoluciones que la historia registra se ha podido señalar el hecho de no haber existido por parte del pueblo el menor ataque a las Instituciones culturales, de no haber sufrido el más mínimo atentado los objetos preciosos custodiados en colecciones o pinacotecas. Excepto aquellos que hayan perecido por puro accidente y cuya desaparición es menos lamentable que los cientos de vidas que a la revolución van ya sacrificadas, excepto esos, todos continúan custodiados e instalados con las exigencias de los últimos conocimientos técnicos por los mismos que los anteriores años de paz los cuidamos e instalamos en los Museos de Madrid, y el hecho que antes notábamos respecto a nuestra revolución, obedece, principalmente, a esto: todos los jóvenes artistas que están enrolados en el movimiento revolucionario son los más empeñados en la obra depuradora del arte nacional.

La revolución actual, por fortuna, no coincide con ninguno de esos períodos (que en otras ocasiones dieron su fruto) de destrucción iconoclastica, o siquiera anhelo de novedad; precisamente en el último tiempo la tendencia de los pintores avanzados intentaba reactivar los valores puros de nuestra pintura clásica. El Greco, Zurbarán, Goya y, sobre todo, Velázquez, tienen más vida y actualidad para los pintores revolucionarios que todo el arte que bajo el lema de revolucionario se ha estado manteniendo hasta antes de ayer, y que ahora sólo puede parecer tal a nuestros enemigos, que ni le comprendieron nunca ni pueden comprender por qué, los del lado de acá, ya lo hemos superado.

Nuestro patrimonio de Arte, más apreciado que nunca, lo fué por regímenes anteriores; dormirá mientras suenen los cañones, en cámaras secretas, provistas de aparatos registradores de la temperatura y de la humedad, defendidas por mu-

ros espesísimos y con la seguridad de que está evitado todo peligro. Cuando el pueblo pueda descansar de su grandiosa tarea, lo encontrará todo intacto y, mediante su ayuda, nuevamente instalado en su sitio.

Esas versiones truculentas, respecto a la conducta de los revolucionarios con las obras de arte, están generalmente mantenidas por la opinión de los artistas mediocres que se unen siempre a los sectores sociales más sedentarios e improductivos y que viven esperando alguna manifestación de vandalismo, a la que se pueda echar la culpa de la falta de florecimiento de las Artes. Pero los revolucionarios, por un resto de urbanidad, han conservado hasta las obras mediocres que quedaron en nuestro poder, considerando que sólo el tiempo, la Historia, tiene derecho a destruir lo que no deba subsistir de las creaciones de la inteligencia y que ella, cuando juzga, no parte en pedazos las cosas, sino que las pulveriza tan definitivamente que, las sentenciadas por ella, se pierden, no sólo para Occidente, sino para los cuatro puntos cardinales.

T. PEREZ RUBIO

ESPECTACULOS

Con el retraso de siempre, hemos visto ahora en España el poemático film ruso, «Las tres Canciones sobre Lenin». La epopeya del gran pueblo oriental en torno al recuerdo de su genial alentador, está recogida en él con grandiosidad no exenta de ternura, por el hombre que hizo posible el dilatado resurgir de razas diversas y millones de seres hacia la Historia y la vida.

La película que ahora resulta en algunos momentos pasada de realización, impresiona. Como un nuevo mito de la vida parece levantarse un viento sobre las planicies asiáticas. Arrancada de su sueño vegetativo, una humanidad increíble sale de sus chozas, se asoma a las puertas de sus murallas, abandona el misterio extático de su existencia, llamada impetuosamente por ese hombre que desde Moscú, anuncia la transformación del mundo. Sí, lo que sobre todo impone aquí, ante estas imágenes revolucionarias rusas, es la índole asiática del medio en que se mueven, y la poderosa voluntad de aquél, de quien cantan los lejanos moradores: «tú a quien nunca hemos visto ni oído». La poderosa voluntad, y claro es, la subyugante fuerza de lo que no puede ser evitado.

Lenin, entretanto, es humano y sencillo: su banco en el jardín, su ventana abierta sobre el bosque. De él dijo Máximo Gorki: «Es el hombre más bueno

que ha existido nunca». Pero aun en torno a su cadáver, la vieja Rusia, con sus inmensas multitudes orientales, desfila interminablemente evocando en ciertos momentos los días de Iván. En otros, aquello nos llega como Historia apresada en una instantánea casi tan efímera, como el instante mismo que recoge. Pero la figura de Lenin—«tú a quien nunca hemos visto ni oído»—se va alejando hacia no sé qué profundidades del tiempo, y la vemos en el punto inicial de una de las conmociones sociales más extraordinarias de la humanidad. Desde luego, el estilo de las «Tres Canciones sobre Lenin», es el de la epopeya—sus sentimientos van de lo tierno a lo grandioso—, con lo que, un realismo de «escuela», no podía de ningún modo convenirle.

Charlot ha expresado su adhesión a la causa del pueblo español en lucha emocionada contra el fascismo. ¡Qué bien, poder seguir viéndole sin ninguna sospecha, aun cuando Charlot siguiera siendo siempre Charlot! Pero por eso mismo, porque es Charlot. Hace poco volvíamos a ver sus últimas piruetas de «Tiempos modernos». Su realidad poética, la inefable gracia de su juego dramático y esa especie primaveral de emoción que se desprende de su figura, lo hacían en estos momentos precisamente más nuestro que nunca. Y así ha sido. ¡Qué bien, repito, que los españoles, abandonados por tantos otros, contemos entre nuestras filas con amigo tan portentoso!

Otro film soviético. En torno a no importa qué pequeña cosa soviética hay siempre la posibilidad de largas polémicas. Esta cualidad vivificadora es, sin duda, uno de los valores que Europa habrá de agradecer a la U. R. S. S. Sería «Días de Maniobras» una película europea o americana y no merecería la pena el registrarla. Es una película intrascendente, de entretenimiento, para ciudadanos soviéticos. Y para posibles ciudadanos que esperan en otros países. De ahí su interés. Pienso que quizá hemos sido injustos con los yanquis. «Días de Maniobras» podría, incluso, gustarles. Tiene esa forma de diafanidad elemental y un poco ñoña. Claro que la tierra rusa huele de otro modo, y la prodigalidad de las manzanas y los solitarios bailes por el jardín de los tanquistas, les pertenecen de una especial manera. Cuando la muchacha se burla de los claros de luna y del rui señor, uno piensa desorientado en el homenaje a Puschkin. Pero la realidad se impone, al presentarnos el director a la protagonista sobre una colina junto al enamorado, mientras esa misma luna redonda asciende entre las ramas de los árboles.

¿Habremos de unirnos al coro de los que lamentan la desproporción desmesurada entre la vida española actual y los espectáculos deplorables que se sir-

ven para el solaz de esta misma gente que lucha o que angustiada espera? Habremos de tolerar como insustituible—insustituible en el sentido de falta de material que lo sustituya—ese horrendo teatro y ese cine banal, pero que se sigan dando películas fascistizantes y—recuerdo en este caso concreto—un noticiario bélico del Japón en el que se lanzan cínicas insidias contra la Unión Soviética, y todo ante un público de milicianos, he aquí lo que nos parece demasiado.

Mucho podríamos lamentar también de otro tipo de actos benéficos o de propaganda, en los que la mezcolanza que preside su organización es irritante, como aquel en que unas cuartillas de Antonio Machado fueron leídas entre cupletistas y absurdos «tríos», cuando, además, el organizador se llama Jacinto Benavente.

J. G.-A.

« MADRID »

CUADERNOS DE LA CASA DE LA CULTURA

VALENCIA. FEBRERO, 1937

Una de las más justas y acertadas resoluciones tomadas por el Gobierno de la República en los días azarosos de noviembre del pasado año, cuando Madrid estuvo más amenazado y sufrió los más crueles bombardeos, fué la de poner a salvo a los sabios e intelectuales de mayor relieve, que aun permanecían encerrados en sus laboratorios y bibliotecas, sin poder trabajar y exponiendo sus vidas. El Gobierno les habilitó en Valencia una residencia que hoy llamamos Casa de la Cultura.

Es natural que surgiese luego, como consecuencia del contacto mutuo y convivencia a que profesores, investigadores y artistas se veían forzados, la idea de crear una publicación en la que pudieran, accidentalmente, expresarse todos ellos y continuar así en cierto modo su interrumpida labor. Teniendo esto en cuenta no nos sorprende demasiado la índole diversa de los trabajos agrupados en la revista «Madrid», y en las primeras líneas que vemos, sirviendo de prólogo a esta publicación, se lee: «Esta revista carece de precedentes. Hija de una serie de circunstancias, presenta un carácter insólito desde el punto de vista bibliográfico».

Estas mismas circunstancias hacen que varios de los trabajos allí reunidos, escritos por hombres eminentes de nuestra ciencia, no sean propiamente científicos, sino más bien literarios aludiendo a lo científico; otras veces son resúme-

nes o exposiciones con carácter de divulgación. El Dr. Márquez dice: «Sin elementos bibliográficos ni experimentales a mano, a causa de las circunstancias, no podemos ofrecer a los lectores un trabajo original». Pero estamos nosotros muy lejos de decir que los trabajos de este tipo recogidos en «Madrid» carezcan por esto de valor; al contrario, creemos que esta misma anomalía que señalamos, y que hace que el autor considere su propia ciencia un poco a distancia, proporciona un nuevo valor de humanidad a algunos de estos artículos, valor para nosotros muy estimable, pues el valor de sus autores como científicos lo tienen ya reconocido universalmente. No ya en el ensayo poético de León Felipe «Poesía Integral», sino en el trabajo del profesor Moles titulado «Veinte años de investigaciones acerca de densidades gaseosas» y que, a nuestro corto entender en estas materias, ofrece el resumen de una meticulosa labor de investigación sobre pesos moleculares, del más alto y preciso interés científico; al final de estas notas, digo, resumen de un complejo trabajo de laboratorio que abarca muchos años, parece como si el profesor Moles sintiese la necesidad de hablarnos en otro lenguaje más humano, más comprensible para aquellos que no saben química ni análisis matemático, y entonces nos habla de sus discípulos y de su labor cortada por esta guerra cruel que provocaron unos traidores, y su palabra tiene un tono amargo y profético, y hasta su ciencia parece entonces mirar también más al mañana, como mira el poeta León Felipe cuando habla de esa poesía amplia y humanísima, que ha de nacer algún día entre nosotros. Las palabras del sabio profesor E. Moles son, además, una crítica elocuente del fascismo; dicen así:

«La monstruosa guerra que padecemos ha venido a perturbar una era de labor fecunda. Entre mis colaboradores más jóvenes, unos cayeron para siempre, otros han desaparecido, otros sirven a la causa republicana en aviación, artillería, ingenieros, etc. Un núcleo entusiasta sigue colaborando en el Instituto, manteniendo incólume su espíritu au dessus de la mêlée. ¿Qué nos reserva el porvenir? La Rusia soviética de Lenin y de Stalin mantuvo en su puesto, hasta el fin de su vida, al insigne fisiólogo Pawlow, protegiéndole y auxiliándole económicamente, a pesar de haberse manifestado reiteradamente disconforme con el régimen. Caracterizados zaristas como Zelinsky o el general Ipatieff, han seguido en sus puestos técnicos. Científicos de todo el mundo reciben cordial acogida en la U. R. S. S. El presupuesto para enseñanza superior y para la investigación alcanza límites insospechados; las expediciones científicas alcanzan una envergadura desconocida antes. El acceso a la enseñanza superior se facilita ampliamente. En la Alemania nazi, de Hitler, uno de sus químicos más geniales, Haber, que tanto contribuyó en la gran guerra a la defensa de su país con el descubrimiento del amoníaco sintético y de los gases de guerra, muere en el destierro, pobre y olvidado. Muchos científicos-cumbre, como Einstein, Schrödinger, Frank, Berl, Fajans y tantos más, se ven perseguidos y expatriados. Se restringe la entrada a las Universidades, se limitan las subvenciones, y el Führer pronuncia su frase lapidaria de que «Alemania puede prescindir durante cien años de los investigadores...» La elección, para nosotros, no parece dudosa. ¡¡Que los hados nos sean propicios!!»

En conjunto, «Madrid» es una publicación del mayor interés, que muestra

principalmente el alto nivel alcanzado por nuestra ciencia en los últimos años, ofreciéndonos al mismo tiempo algunos excelentes trabajos literarios y de materias diversas : crítica, pedagogía, derecho, etc. El índice es el siguiente : *Notas de Actualidad*, por Antonio Machado. De estas notas no reproducimos, como era nuestro propósito, la dedicada a Unamuno, por ir reproducida ya por el mismo autor en la carta a D. Vigodsky incluida en este número. *Mecanismo de las diversas clases de visión binocular y, en especial, de la estereoscópica*, por M. Márquez. *Citas literarias sobre entonación emocional*, de T. Navarro Tomás, donde el autor señala entre otras cosas la importancia que tiene, literariamente, el precisar en la novela el carácter de la voz de los personajes que hablan. Y dice : «El novelista renuncia a un fecundo campo de efectos artísticos y observaciones psicológicas al descuidar el comentario acústico de la palabra y de la voz». *Veinte años de investigaciones acerca de densidades gaseosas*, por E. Moles. *La caja de plata repujada de San Isidoro de León*, por Ricardo de Orueta. *Mito de la Verdad y Arrogancia de la Triste Figura (Genio y paradoja de D. Ramón del Valle-Inclán)*, por Juan José Domenchina, fragmento del libro en preparación del mismo nombre. *La ciencia y el idioma*, por P. del Río Hortega, bello artículo en el que se alude repetidamente a Cajal, y a la obsesión noblemente patriótica de éste por lograr para España un puesto en el mundo de la ciencia universal. *Vitaminas y sistema nervioso*, por M. Prados y Such. *¿Hay un derecho natural?*, documentado trabajo de Antonio Zozaya. *Sobre la electricidad de la atmósfera*, por A. Duperier. *Hacia otras maneras en educación*, por Angel Llorca. *La guerra como causa de alteraciones psíquicas*, por J. M. Sacristán. *Crisis y futuro de la Universidad*, por Gonzalo R. Lafora, excelente y documental estudio. *Locos, enanos y negros en la Corte de los Austrias*, por J. Moreno Villa, que alude a un catálogo hecho por él mismo, de gran interés, pues sirve no sólo para que conozcamos determinados detalles de los personajes monstruosos retratados por Velázquez, sino para modificar también la fecha de algunos cuadros importantes del mismo pintor. Aquí Moreno Villa se deja llevar por las novelescas y sutiles impresiones que debió sentir en el año y medio de investigación laboriosa en los archivos de Palacio. Leyendo aquellas cartas, cuentas y anotaciones, un sabor de pobretería solemne, de mezquindad regia, debió llenarle ; el sabor de algo muy español, muy siglo XVII. El ensayo apunta también algunas sugerencias sobre el por qué de la existencia de los bufones y de la influencia de éstos en nuestra literatura. *Poesía Integral*, por León Felipe. *Fantasia y juego (notas para un ensayo)*, por Federico Pascual Roncal. *La hipótesis individualista*, ameno e interesante trabajo de divulgación científica, hecho con todo rigor, por Pedro Carrasco, Decano de la Facultad de Ciencias. *La escuela hogar*, por Justa Freire. *El puente de la Trinidad*, por Juan de la Encina ; y *Recuerdo a Federico García Lorca*, por J. Moreno Villa, un retrato perfecto del poeta asesinado, a la vez que un emocionado homenaje.

Hay unas finas reproducciones de obras de Arteta y Cristóbal Ruiz, otras de

Victorio Macho y Capuz, y otras, en fin, no por conocidas menos magníficas, de Solana, especialmente el aguafuerte de las peinadoras.

Saludamos la aparición de «Madrid». Mucho celebraríamos que siguiesen editándose estos Cuadernos de la Casa de la Cultura y que, a ser posible, se hiciesen publicaciones aparte, más breves y modestas, de las distintas materias de que pueden escribir las personas alojadas en la Casa de la Cultura.

Y sería de desear también que al suprimir la diversidad de temas se eliminasen en lo posible las diferencias de calidad que observamos en artículos y reproducciones de cuadros o esculturas, logrando siempre la altura que en todo deben tener las publicaciones del género de «Madrid».

S. B.

« NÚEVA CULTURA »

AÑO III. NÚM. I. VALENCIA, MARZO, 1937

Con verdadero entusiasmo—por lo que puede representar que en estos momentos viva en la calle una revista así—recibimos la reaparición de *Nueva Cultura*. Muy bien presentada tipográficamente—siempre, claro está, dentro del estilo, dentro de la forma que le exige el fondo—encierra, además de sus firmas habituales, algunos nombres que son, en esas páginas, una grata sorpresa: José Bergamín, T. Navarro Tomás, Aurelio Arteta, Miguel Hernández.

Como dice Angel Gaos en la propia revista, *Nueva Cultura* busca tener una fuerza activa, y esta fuerza, Angel Gaos y *Nueva Cultura* piensan que ha de dársele lo que uno y otra llaman lo «orgánico». Y si el movimiento se demuestra andando, veamos la revista.

José Bergamín, un poco distinto de su estilo y forma más propios—lo cual lamenta, personalmente, mucho, por creer que Bergamín es uno de los escritores que tienen completamente unidos, más aún, fundidos espíritu y forma, expresión y fondo—, habla de «Nuestra defensa de la cultura». José María Ots firma un trabajo eficaz indudablemente, que titula «Lo que significa para Hispano-América el triunfo de la causa popular». Se publica una carta de los artistas soviéticos a los artistas españoles, que su interés mayor es, quizá, la encendida adhesión a nuestra causa española. Juan Renau habla de «El Instituto Obrero».

Juan Gil-Albert publica la conferencia suya reseñada ya por M. A. en el nú-

mero anterior de *HORA DE ESPAÑA*, pero no quiero, leída ahora despacio en *Nueva Cultura*, dejar de señalar que es el más bello escrito de este número, resultando, además, contradictorio—inorgánico—que *Nueva Cultura*—activa y colectiva—publique este trabajo que Gil-Albert llama «El poeta como juglar de guerra», en donde se maneja un tono de íntimo sentir, de personalísimo pensamiento—que es lo único que puede añadir algo a la cultura—, y en donde al poeta se le señala y descubre un destino terrible a partir de hoy, de acompañamiento y de llanto, de sola lamentación, como puede verse: «Enterrar a esos muertos como se merecen, y acompañar en su dura ascensión hacia la vida, al pueblo con el que hemos tomado un caliente contacto, este es el tremendo porvenir del poeta, cesadas, en el territorio donde los españoles levantan sus puños, sus correrías de juglar». Se publican también algunos buenos versos de Miguel Hernández, presentados por T. Navarro Tomás, presentación un poco innecesaria, ya que Miguel Hernández no es un poeta que aparece con la guerra, sino que desde hace mucho ganó las páginas de «La Revista de Occidente», de «Cruz y Raya», de «Caballo Verde» y de todas las revistas difíciles, cultistas, puesto que él no es un *espontáneo*, sino un gran versificador culterano como lo demuestra que su obra mejor sea siempre el soneto y la décima.

Francisco Carreño habla de pintura en un artículo un poco ingenuo, pero bien hecho y claro. José Renau publica un trabajo interesante sobre «La Fiesta de las Fallas», y, además, fotomontajes muy bien conseguidos en su burla dramática. En cuanto al caso del pintor David A. Siqueiros, hubiera quedado mejor su tan discutida conferencia sin publicar las reproducciones que hay en las páginas de *Nueva Cultura*, y no es que yo piense ahora discutir la conveniencia, la eficacia, el deber de una dedicación de los artistas a esta clase de propaganda—aunque piense hacerlo en otro instante—, sino porque resultan completamente desajustados el propósito y los hechos, ya que «El eco del llanto», «Detened la guerra» y «Nacimiento del fascismo», en vez de un arte claro y fácil para las masas, para las gentes que andan por la calle, son, exactamente, los restos de una pintura ya liquidada y saneada, los restos de esa especie de *perversión* exquisita que fué el surrealismo, es decir, la decadencia de lo que ya significaba una decadencia; pero si esto fuera poco, la pintura de Siqueiros—la que muestra *Nueva Cultura*—no es ni siquiera una imitación de lo que el surrealismo tuvo de profundo, de buceador del alma—porque, eso, sí, tenemos alma—, de escuchador del espíritu más hondo, sino que es una imitación de las formas del surrealismo, que es, precisamente, lo peor, lo más feo, lo más feto que tuvo este importante movimiento.

Arteta da una litografía con los valores y defectos suyos de siempre, es decir, con la finura y el buen gusto por un lado, y la falta de nervio por otro. Se copian unos versos de M. Fernández y González, oportunos y con encanto de cosa vieja. Datos interesantísimos, con un gráfico de los campos de concentración, presidios y cárceles que existen en Alemania, resultando un mapa verdaderamente horroroso.

Y por último, notas críticas sobre revistas, libros y teatro, todas ellas muy

justas, y sobre todo, las de Angel Gaos, a quien saludamos desde esta su otra casa, aunque en algún punto no podamos estar conformes con él.

Esperamos con avidez el segundo número de *Nueva Cultura*, en donde pienso que, una vez presentada o vuelta a presentar al público, ha de pasar, de nombrar la cultura, a ejercerla y a enriquecerla.

R. G.

PROHIBIDA LA REPRODUCCION DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR SU
PROCEDENCIA

SUMARIO: Antonio Machado: Carta a David Vigodsky. José F. Montesinos: Muerte y vida de Unamuno. María Zambrano: El español y su tradición. Luis Cernuda: Elegía española. Emilio Prados: Elegía. Arturo Serrano Plaja: Canto a la Libertad. Antonio Porras: Tierras del Sur (Testimonios). José Renáu: Los mitos se resquebrajan. Rosa Chacel: La nueva vida de «El viviente». Máximo J. Kahn: Judíos españoles promotores del Renacimiento. T. Pérez Rubio: Ante la opinión de nuestros contrarios. Espectáculos. Revistas: «Madrid». «Nueva Cultura». Manuel Allolaguirre: Noche de guerra.

V I S A D O P O R L A C E N S U R A



HORA DE ESPAÑA

R E V I S T A M E N S U A L

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-
MÍN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.

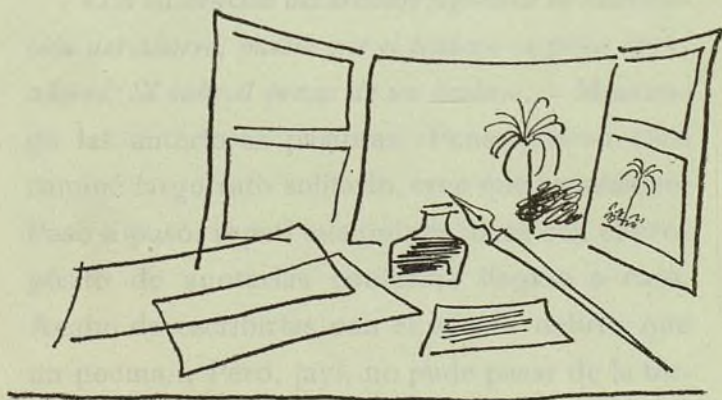
SECRETARIO: *ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAISES, 18 PESETAS

Manuel Altolaguirre

Noche de Guerra

(DE MI «DIARIO»)



Marzo, 1937

Noche de Guerra

(De mi «Diario»)

A VICENTE ALEIXANDRE

«La valoración del trabajo significa la devaluación del ahorro, puesto que el trabajo se paga con el ahorro. Si sube el precio de un trabajo...» Mantengo las anteriores palabras. Pensando en ellas caminé largo rato solitario, creo que en silencio. Paso a paso, repetí mis pobres ideas con el propósito de anotarlas conforme llegase a casa. Acabo de escribirlas con el mismo delirio que un poema... Pero, ¡ay!, no pude pasar de la tercera línea. En las palabras que encabezan este capítulo y en mi actitud sólo encuentro, todo lo más, un síntoma de mi patriotismo. En este momento terrible, cuando mi corazón está endurecido ante la muerte de mis hermanos, de

mis amigos, de mis compañeros de taller, un solo sentimiento me quema el pecho como un metal al rojo: el amor por España.

Vuelvo a repetir que no pude pasar de la tercera línea. Confieso mi fracaso como economista. Me consuelo pensando que Jesús Prados, profesor de Economía en la Universidad de Santiago de Compostela, tampoco puede por ahora dedicarse a esta clase de especulaciones. Con un patriotismo menos «poético» que el que yo declaro, lucha heroicamente en nuestro frente de Madrid. Con un patriotismo más poético, sin las comillas de mi remordimiento.

Como no pude seguir mi tratado de Ciencias Económicas he vuelto a leer dos cartas que he recibido hoy, una de mi mujer, otra de mi mejor amigo. Voy a copiar en este «Diario» unos fragmentos. El amigo me escribe desde Madrid: «...me gusta que vieras a Andrés. Aún le verías cojeando de su nueva herida. Ha dado su sangre hermosa dos veces, una el 6 de noviembre, otra el 14 de febrero. En esta última me ha venido escribiendo desde todos los hospitales que le han hecho recorrer. Pero ahora no sé nada y estoy intranquilo. Yo no le veo desde noviembre, pero le recuerdo en su frente de

lucha o en su hospital de sangre. Silenciosamente da uno, sin que se sepa, algo que no se dice, pero que no por eso siente uno menos que lo ha dado.

»Te diría Miguel que Antonio Aparicio está herido desde hace un mes. Casi todos los días voy a verle a su hospital (lo evacuaron aquí). Ahora vengo de allí y le he leído tu carta. Antonio ha trabajado mucho; es Comisario Político de Sanidad y Cultura de su Brigada, y su herida la sufrió en un arranque de generosidad, al frente de unas tropas que no eran suyas. No ha muerto, porque su estrella lo guarda para algo, aunque la herida le atravesó el cuello de parte a parte. Todavía está en cama.»

Esta carta, escrita en Madrid, nos habla de dos jóvenes poetas heridos en la guerra y de otro joven poeta, Miguel Hernández, que lucha en un frente de Andalucía. A Miguel Hernández pienso escribirle esta misma noche. He leído sus poemas en *Nueva Cultura* y quiero comentarlos como se merecen.

La otra carta es de mi mujer, que salió con nuestra niña de dos años para Francia, atendiendo mis ruegos, aterrorizados ante los insistentes y criminales bombardeos enemigos sobre

nuestras poblaciones. Concha me escribe: «Palomita te recuerda mucho. De ti dice siempre que estás en el cuarto y que lees. Te echa mucho de menos la criaturita. A bordo era muy peligroso para los niños. Yo la llevé atada con una cuerda como un caballito y tenía que correr a su paso, ¡excuso decírtelo!

»En el viaje por tren ha pasado algo desagradable. Viajaba en el mismo vagón una señora que fué muy amable con nosotras. Venía a París a estar con su hija casada a quien no veía desde hace meses. Al llegar se me ofreció para tener la niña mientras buscaba yo mozo de equipaje y de pronto veo que abrazada a un muchacho lloraba desesperadamente. La hija a quien venía a ver había fallecido antes de su llegada. No tienes idea del dolor de esta mujer y lo mucho que me impresionó su caso. Cada vez pienso más en lo triste que es y en las consecuencias que puede tener una separación...»

Saco a luz estas intimidades porque hasta lo más profundo de nuestras vidas, de todas nuestras vidas, llega la guerra que los enemigos del pueblo nos han impuesto como un deber, como nuestra única esperanza. Este deber de la guerra y esta esperanza en la guerra nos for-

talecen contra las ausencias queridas, y aún contra la misma muerte. Puedo contar otras cosas. No hace mucho recibí la noticia de que una buena amiga de mi infancia, madre joven, alma de un hogar feliz, había muerto en circunstancias terribles. Paseando con su padre en automóvil se despeñaron por un acantilado. Murieron abrazados en el fondo del mar. Aunque por ser ella americana y haber ocurrido el accidente en otro país, no ha dependido su muerte de esta guerra, la manera que yo tuve de recibir la noticia, sí. Es verdad lo que dije sobre mi corazón endurecido; es verdad que todos nosotros vivimos ahora solamente para un sentimiento que nos duele dentro del pecho como un metal al rojo: nuestro amor por España.

Esta noche más que ningún día. He tenido en mis manos las pruebas de la invasión militar italiana que sufre nuestro territorio. No es que yo necesitase pruebas para creer. No. Todo el mundo sabe lo que pasa en España. Todo el mundo debiera saberlo. Por eso estoy escribiendo estas memorias. No he hablado sino de mi familia, de mis amigos de mayor intimidad; hasta he copiado mis inocentes meditaciones sobre Economía Política.

Pero escribo, sigo escribiendo a pesar de que ya es muy tarde, porque las intimidades de una familia española deben ser conocidas en estas circunstancias.

Yo quisiera que mis palabras fuesen traducidas al italiano, que fuesen leídas íntimamente por tanto corazón sensible como debe vivir en la hermosa Italia. Ellos comprenderían.

Según los documentos encontrados a los prisioneros y según las declaraciones de los mismos, un gran ejército italiano de ocupación domina en las provincias de Franco. Los corazones españoles que aún gozan de libertad, que sueñan y viven para la independencia de la amada patria, están endurecidos como el mío, más firmes que nunca, más inquebrantables. Sobre mi mesa leo *No pasarán*, por Ilya Ehrenburg. Tengo un especial cariño por este libro. Abro sus páginas: «Me dirigí a Malpica con el poeta Rafael Alberti y María Teresa León. A la entrada del pueblo Domingo-Pérez se agrupaban los campesinos. Sus gritos guturales eran de indignación. Nos contaban cómo muchos desertores habían atravesado el pueblo. Los campesinos quisieron detenerlos, pero ellos los amenazaban con sus fusiles. Descubrimos a

lo lejos cuatro desertores que avanzaban a buen paso por la carretera de Madrid. María Teresa se lanzó, corriendo a perseguirlos. Alegre, como de costumbre, parecía un lindo pájaro tropical. Con su minúsculo revólver en la mano detuvo a los cuatro milicianos. Las respuestas fueron confusas. Entregaron sus fusiles a María Teresa y con la vista baja, llenos de vergüenza, siguieron la marcha por la carretera polvorienta...»

12 Cuando veo que mis camaradas los poetas se destacan de este modo en la lucha, me siento orgulloso de ser escritor, y hasta de ser aprendiz de economista.

13 Alguien dijo desde Francia que los intelectuales no estábamos con el pueblo y su legítimo Gobierno. Para contestarle no tengo que moverme de mi silla. Mi mesa está llena de papeles, con las más diferentes caligrafías. Son cartas o manuscritos recientes de mis compañeros de redacción. Aquí está el prólogo de Juan Gil-Albert a su próximo libro. Es magnífico de estilo y de pensamiento. Dice sobre los poetas: «Olvidar que todos somos en cuanto a lo social, poetas de transición, es olvidar demasiado. Y exigir de nosotros ese brusco viraje de los

acontecimientos traducido de una manera directa, es provocar una repentina desvalorización y decadencia de nuestra obra y, claro es, por tanto, de la lírica española.

•Para mí, la Naturaleza y su inusitado esplendor de siempre sigue pulsando en los hombres la más entrañable necesidad de poesía. ¿En cuanto al porvenir de la poesía? Si en todos los aspectos no actuamos hoy sino en función del mañana, Píndaro, podría resumir para mí una aspiración de belleza. Su grave alegría y su poderosa musicalidad plástica constituyen lo que yo me atrevería a llamar su valencianismo pleno y deslumbrador. Pero los tiempos están lejanos aún para tales plenitudes de armonía humana, y el tono elegíaco con que los poetas comienzan a manifestarse no descubre—y ahí es donde hay que buscar la relación más compleja entre el hecho social y el fenómeno poético—sino la anonadadora realidad de España.»

Recuerdo la buena impresión que nos produjo cuando leí por primera vez este prólogo con mi maestro y amigo Emilio Prados. El poeta Emilio Prados, desde «Litoral» (1927) se mantuvo alejado con su obra de toda publicidad literaria. Escribió, eso sí, varios libros, que aho-

ra están para salir de las prensas. «Llanto en la sangre» es el título de su romancero, iniciado en 1933 y que alcanza admirable continuidad hasta nuestros días. Emilio Prados es el verdadero iniciador de nuestro «Romancero de la guerra civil.»

Dejé mi Diario para escribirle a Miguel Hernández. He repetido en su carta parte de lo que llevo dicho aquí esta noche. Voy a copiar lo que escribí de nuevo:

«...esa misma desigualdad en tus versos es la que me asegura en la idea de que puedes con tu poesía llenar en parte, el vacío irreparable que nos ha dejado en España el poeta Federico García Lorca. Desigualdad que nos hace descubrir de pronto verdaderas montañas de hermosura. Cuando pase el tiempo (*este espacio de tiempo incandescente, esta guerra flamígera en que estamos*), encontrarás la serenidad que se requiere para que en tu obra futura no existan tamañas desigualdades. Quiero ponerte algunos afortunados ejemplos:

«Los pechos que empujaban y herían las montañas
vedlos desfallecidos sin leche ni hermosuras.»

Y luego, conservando tu mejor acento

con versos tan definitivos como los anteriores:

Ciudades de trabajo y de inocencia,
juventudes que brotan de la encina,
troncos de bronce, cuerpos de potencia
yacen precipitados en la ruina.

O cuando dices, como un gran latino:

«El polvo no los puede y hacen del polvo fuego,
savia, explosión, verdura repentina:
con su poder de abril apasionado
precipitan el alma del espliego,
el parto de la mina,
el fértil movimiento del arado.»

Y luego, maravillosamente:

«Se merecen la espuma de los truenos,
se merecen la vida y el olor del olivo,
los españoles amplios y serenos
que mueven la mirada como un pájaro altivo.»

O las dos últimas cuartetitas de tu «Niño yuntero» que se me quedan como una canción:

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de arena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres son
y han sido niños yunteros.»

Todos estos versos que te cito y muchos más, casi todos, me gustan, los oigo, los veo, son definitivos, te lo aseguro. En cambio, por cariño a ti y a quienes quieren ver en ti lo que no eres, también voy a copiar un fragmento desdichado de tu romance:

«subiera en su airado potro
y en su cólera celeste
a derribar trimotores
como quien derriba mieses.»

No. Tú sabes que no. Comprendo que en un momento de delirio escribamos cosas por el estilo. El potro, el aire, el trimotor, el trigo: la locura. Pero tú sabes como yo que eso no es poesía de guerra, ni poesía revolucionaria, ni siquiera versificación de propaganda. (Tampoco me gusta: «que morir es la cosa más grande que se hace»).

Te diré que estos días leí en manuscrito el «Orfeo» de Juan de Jáuregui, poema del siglo xvii, que iba a ser impreso por mí. Un poema magnífico. Tengo el propósito de dedicarle la edición «a X X; Orfeo en el infierno Fascista». Se trata de un poeta que rescató su Eurídice del presidio de Burgos. Pues bien, en todo el poema, verdadero monumento literario, no podría destacar

tan buenos versos como los tuyos, cuando son buenos.»

Es de día. No he dormido en toda esta noche de guerra. He descansado escribiendo estas cosas. Dejo para mañana agradecer a los poetas chilenos (entre ellos mi gran amigo Pablo Neruda) el hermoso libro «Madre España». No quiero terminar estas líneas sin arrepentirme de una frase ingeniosa. Ayer tarde, cuando me preguntaron si yo era poeta político, respondí: «Soy poeta consanguíneo». No están los tiempos para hacer chistes.